

BIBLIOTECA
BICENTENARIO



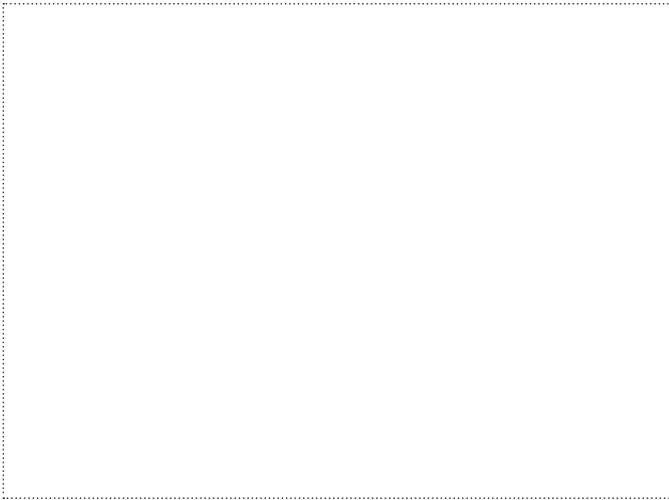
CONMEMORACIÓN DE LA INDEPENDENCIA
DE COLOMBIA

1810 - 2010

BIBLIOTECA BICENTENARIO

VOLUMEN 8

Perfiles del Libertador



DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Rubén Sierra Mejía

DECANO

Sergio Bolaños

COMPILADOR

Rubén Sierra Mejía

VICEDECANO

Jorge Enrique Rojas

EDITORES

Ana Cecilia Calle

Francisco Thaine

DISEÑO

Carlos Ramos Velásquez

Nathalia Rodríguez

COMITÉ EDITORIAL

Rubén Sierra Mejía

Roberto Burgos Cantor

Fernando Cubides

Camilo Baquero

Luis Eduardo Hoyos

Fabían Sanabria

Jorge Rojas

CENTRO EDITORIAL

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

Universidad Nacional de Colombia

Sede Bogotá, Ed. 205, of. 222,

tel: 3165000 ext. 16208

Bogotá, julio de 2010

Perfiles del Libertador

Peru de Lacroix

Diario de Bucaramanga, 1828 (Fragmentos)

Hiram Paulding:

Un rasgo de Bolívar en campaña (fragmento)

Daniel F. O'Leary:

Bolívar dicta su correspondencia

Manuel Antonio López:

Bolívar descubre su asesino

Joaquín Mosquera:

Bolívar en Pativilca

Manuela Sáenz:

La noche septembrina

Joaquín Posada Gutiérrez:

Hacia el destierro

Alejandro Próspero Reverend:

Los últimos días de Bolívar



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

2010

Contenido

Prólogo	
Roberto Burgos Cantor	7
PERU DE LACROIX	
Diario de Bucaramanga, 1828 (fragmentos)	15
HIRAM PAULDING	
Un rasgo de Bolívar en campaña (fragmento)	37
DANIEL F. O'LEARY	
Bolívar dicta su correspondencia	55
MANUEL ANTONIO LÓPEZ	
Bolívar descubre su asesino	61
JOAQUÍN MOSQUERA	
Bolívar en Pativilca	65
MANUELA SÁENZ	
La noche septembrina	73

JOAQUÍN POSADA GUTIÉRREZ

Hacia el destierro 83

ALEJANDRO PRÓSPERO REVEREND

Los últimos días de Bolívar 89



PARA BIEN Y PARA mal, Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios, el huérfano temprano, el viudo a perpetuidad desde los ocho meses de matrimonio, el Libertador de seis países, el general, el presidente, el Dictador, Su Excelencia, el Glorioso, el intelectual, el enamorado, el Gran Bolívar, el sol de Colombia, representa todavía una de las discusiones abiertas de la historia americana. Cada uno de los apelativos que se agregaron a su nombre, y que en algunos casos lo sustituyeron, constituye una faceta sobre la cual se han detenido historiadores, cronistas, escritores de ficción, para acercarse a su personalidad y quizá desentrañarla.

Bajo el nombre que reconoce su gesta política y militar —el Libertador— (aunque él mismo haya dicho en medio del laberinto de su agonía que aún no había encontrado la libertad) yace un complejo enigma.

Entre el hombre providencial, el visionario, el incomprendido —íconos poderosos del reconocimiento— se cuele un torrente de preguntas y curiosidades. No obedecen a un interés malsano, ni las alienta el esperado asalto a una zona recóndita

del ser humano en la que a veces se protegen y preservan motivos, dudas, vergüenzas.

Tal vez sea el deseo legítimo de develar un misterio insondable lo que ha llevado a las mujeres y hombres a mantener viva la inquietud por Simón Bolívar más allá del sentimiento ciudadano que sostiene vínculos de gratitud o de orgullo con los elementos que hacen la historia nacional.

La sustancia del misterio podría estar dada por la antigua incertidumbre sobre los proyectos humanos que se proponen construir modelos de gobierno, formas de ejercicio del mando. En definitiva, someter la variable y caprichosa vida de los seres a un orden acogido o impuesto.

Por su parte, la historia se ha encargado de acuñar las bondades de esta ambición, y con prudencia amable o con encono cruel ha señalado debilidades y miserias.

Sin embargo, el presente aún asedia al pasado con asuntos sin resolver. Vuelve una y otra vez a revivir miradas, conclusiones, conjeturas. En ocasiones se asemeja a un oráculo de cuyas señales podría surgir un entendimiento deseable del escurridizo hoy.

En ocasiones, de ese lugar del pasado —en el que anida el ideal— se extrae una regla o frase o propuesta que ilumina el desencantado porvenir.

Por su lado, la literatura ha privilegiado, en su atracción por el misterio de la dominación y la obediencia, la imposibilidad de realizar el ideal. Ella escogió lo trágico, lo evasivo, lo enemigo de ese artificio que llaman poder y devora a quien pretende ejercerlo. Parece que escarbar en el fracaso deja más lecciones que celebrar el éxito.

Tanto en la historia como en la literatura aparecen intuiciones y surgen revelaciones que enriquecen y agrietan el quieto y mohoso mármol que se usa para contener el pasado y proponerlo al recuerdo colectivo.



En el mencionado misterio hay algo que a lo mejor se estremece en el espacio de los enigmas o de las percepciones unidimensionales: ¿qué queda del ser humano que entrega los años de su vida a un empeño donde la adversidad es obstinada y los logros esquivos? ¿Qué pierde, qué gana, en esa dedicación voluntariosa?

No serán las anteriores preguntas el único campo de exploración, ni excluyentes de otras conjeturas. Todas estas lecturas serán posibles por la perspicacia deliberada con la cual el profesor Rubén Sierra Mejía seleccionó los textos que integran este libro. Cada uno de ellos se sitúa en una perspectiva cercana al Libertador. Cercanías que se construyeron desde el amor y sus beligerancias posesivas, como la de Manuela Sáenz; desde la admiración curiosa como la de Hiram Paulding; desde un momento crucial y testimoniado por quien que ha vivido las construcciones sociales fundadas por el imperio de las armas y dignificadas por la persuasión inerme de la ley, como la de L. Peru De Lacroix; desde el silencio atento del buen escribiente que redacta la voz y guarda las glosas monologales de quien le dicta, como la de Daniel F. O'Leary; desde esa apariencia de asombro elemental que rescata bondades del carácter y surge del trato sin discriminaciones con la vida, como lo hace Manuel Antonio López. Desde la sugerente perspectiva que aparece cuando, sin razones judiciales ni de disputas por la exactitud de los testimonios, a alguien le preguntan por un hecho pasado en el cual se vio involucrado sin deliberación y que por lo general el porvenir desvanece. Esa distancia entre participar y recordar, en lugar de arrojar indiferencia, recupera la emoción del acontecimiento, el detalle que sobrecoge: los ojos huecos del Libertador, como describe Joaquín Mosquera. O desde el tremendo declive del respeto y la autoridad en el triste camino del desterrado al llegar al puerto fluvial de Honda, como lo narra con un realismo doloroso Posada Gutiérrez. Y

por si faltara, desde la aceptación inconforme del final, cuando las incertidumbres de la ausencia inevitable, el dolor, la rabia, la desilusión, permiten destilar en el ser humano las verdades íntimas que nadie comprende. Verdades que por lo general se enfrentan a la percepción de quienes alrededor intentan acompañar la agonía y aún confían en lo que vendrá, como el querido y olvidado médico Alejandro Próspero Reverend.

Es probable que la reunión de momentos diversos de esta selección le ofrezca al lector el tejido complejo de un hombre en las circunstancias, felices, inciertas o desgraciadas, que acompañaron el alcance o el alejamiento de su ambición. Quién sabe si la sustancia de ella sea lo irrealizable. Así, al estar poseída de ella, el ser humano que no se resigna a perderla radicaliza el horizonte de su aventura. Si es roído por las resistencias de la realidad y la adversa fortuna está condenado a rumiar esa forma del fracaso donde la clarividencia lúcida no devuelve el poder y esconde un secreto: la realidad, al ser sometida a los asedios de la transformación, multiplica sus rostros.

Sea lo que sea, Sierra Mejía esparció un naipe de especiales ases. Del Bolívar de 45 años en 1828 descrito con minucia y maestría en su corporeidad, con un brillo de los ojos que no es el de la juventud sino el del genio, el mismo aciago año del 25 de septiembre, hasta la sin salida de 1830 donde un hombre inerte en lo físico pero consciente de las potencias de la leyenda y la gloria, que a lo mejor lo protegían, da salida a las certezas tardías de su desprecio. Entre uno y otro extremo, la confianza exultante en la victoria, la magnanimidad.

El más leal testimonio viene de la poesía. El personaje Miecislaw Napierski, de Álvaro Mutis, le escucha una quejumbre que dirá palabras iguales a las de Humboldt en su peregrinaje americano. El Libertador le confía: «¡Qué poco han valido todos los años de batallar, ordenar, sufrir, gobernar, construir,



para terminar acosados por los mismos imbéciles de siempre, los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando. Nadie ha entendido aquí nada [...]».

ROBERTO BURGOS CANTOR

BOGOTÁ, MAYO DE 2010

Peru de Lacroix

1780 - 1837





Retrato físico del Libertador

EL GENERAL EN JEFE Simón José Antonio Bolívar cumplirá cuarenta y cinco años el 24 de julio de este año (1828); representa, sin embargo, cincuenta. Su estatura es mediana, el cuerpo delgado y flaco, los brazos, los muslos y las piernas descarnados. La cabeza larga, ancha en la parte superior, y muy afilada en la inferior. La frente grande, despejada, cilíndrica y surcada de arrugas hondas cuando el rostro no está animado y en momentos de mal humor y de cólera. El pelo crespo, erizado, abundante y canoso. Los ojos, que han perdido el brillo de la juventud, conservan la viveza de su genio: son profundos, ni pequeños ni grandes; las cejas, espesas, separadas, poco arqueadas y más canosas que el pelo. La nariz aguileña, proporcionada. Los huesos de los carrillos, agudos, y las mejillas chupadas en la parte inferior. La boca algo grande, y saliente el labio inferior; los dientes, blancos y la risa agradable. La barba larga y afilada. El rostro moreno y tostado, y se oscurece más con el mal humor; entonces el semblante cambia, las arrugas de la frente y de las sienes se tornan más profundas, los ojos se achican, el labio inferior se pronuncia más y la boca es fea; en fin, aparece una fisionomía diferente, un

rostro ceñudo que manifiesta pesadumbre, pensamientos tristes e ideas sombrías. Cuando está contento todo esto desaparece: la cara se anima, la boca es risueña y el espíritu del Libertador brilla sobre su fisionomía. S.E. no usa ahora bigote ni patillas.

Tal es el retrato físico del Libertador: su cuerpo mediano; su cabeza y su fisionomía (sea que se examine según los sistemas de Gall o de Lawather) es la de un hombre extraordinario, de un genio, de una inmensa inteligencia, de un profundo pensador. Su retrato moral hará ver que no son falsas aquellas señas físicas y exteriores.



Genio, carácter, usos y costumbres del Libertador

La actividad de espíritu y de cuerpo mantiene al Libertador en continua agitación. Quien lo viera y observara en ciertos momentos, sin conocerlo, creería ver a un loco. En los paseos a pie que hacemos con él, su gusto es, a veces, caminar muy aprisa y tratar de cansar a los que lo acompañan; otras ocasiones se pone a correr y a saltar dejando atrás a los demás; luego los aguarda y les dice que no saben correr. En los paseos a caballo hace lo mismo, pero todo esto cuando está solo con los suyos. Cuando el mal tiempo impide los paseos, S.E. se desquita en su hamaca, meciéndose con velocidad, o se pone a pasear a grandes pasos por los corredores de su casa, cantando, algunas veces, y otras recitando versos, o conversando con los que pasean con él. Cuando discurre con algunos de sus amigos, tan pronto muda de conversación como de postura; parece entonces que no hay nada estable en él. ¡Cuán diferente es S.E. en una visita de etiqueta! Con sus compañeros parece igual a ellos, el más alegre, y, a veces, el más loco. En visita, tiene la superioridad sobre todos, por sus modales fáciles, agradables, su conversación viva e in-



geniosa, su buen gusto y su cortesanía. Su ademán de hombre de mundo, sus modales distinguidos, lo hacen pasar por el más gentil, el más instruido y el más amable de los contertulios.

La cólera del Libertador dura poco; unas veces es ruidosa, otras silenciosa. La primera la pasa con algún criado, regañándolo, o echando a solas algunos c... Sin estar colérico, S.E., a veces es silencioso y taciturno: entonces tiene algún pesar o proyecto entre manos, y hasta que haya tomado su resolución, que comúnmente es pronto, no le pasa el mal humor o la inquietud.

En todas sus acciones y en su conversación se observa siempre, como he dicho, una extrema viveza.

Las preguntas de S.E. son cortas y concisas, y le gustan respuestas semejantes. No tolera nada difuso. Sostiene con fuerza y con tenacidad sus opiniones, y, cuando desmiente a alguno, dice: «No señor, eso no es así, sino así...». Hablando de personas que no le agradan y que desprecia, se sirve mucho de esta expresión: «Aquel c... aquellos c...». Es muy observador y nota hasta los más pequeños detalles. No le gustan los mal educados, los atrevidos, los charlatanes, los indiscretos, ni los descomedidos, y los critica ponderando siempre sus defectos.

El Libertador se viste elegantemente; todos los días, o por lo menos cada dos días, se afeita él mismo; se baña mucho, cuida sus dientes y el pelo. Aquí anda siempre de paisano: botas altas a lo escudero, corbata negra puesta a lo militar, chaleco blanco, también militar, pantalones del mismo color, levita o casaca azul y sombrero de paja.

S.E. es ambidextro. Sé que en algunos encuentros en que se ha hallado ha peleado con ambas manos, y que teniendo la derecha cansada pasaba el sable a la izquierda. Su primer edecán Ibarra me ha asegurado haberlo visto pelear con ambas manos. Así sucedió en unos encuentros que tuvo en la derrota de Barquisimeto, en noviembre del año 13, y en la Puerta, el año

14. S.E. se afeita, trincha y maneja el florete con ambas manos. No fuma ni permite que se fume en su presencia, no toma rapé, y nunca hace uso de aguardiente u otros licores fuertes. En el almuerzo, no toma vino; en la comida dos o tres copitas de Burdeos, sin agua, o de Madera, y una o dos de champaña. Muchas veces no prueba el café. Come bastante al almuerzo y a la comida, y le gusta mucho el ají y las pimientas, pero prefiere el ají. Me acuerdo, a propósito, de lo que nos refirió un día: «En el Potosí, dijo, en una gran comida con que me obsequiaron, en la cual se gastaron más de seis mil pesos, se encontraban muchas señoras; observé que algunas, y especialmente las que estaban a mi lado, no probaban bocado a causa de que no le habían puesto ají a los guisados, como se acostumbra en aquel país, por temor de que a mí no me agradara. Yo pedí entonces, y al punto se puso ají en la mesa y todos comieron con mucho apetito. Algunas señoras se lo comían sólo con pan». El Libertador prefiere las arepas de maíz al mejor pan; come más legumbres que carne, casi nunca prueba los dulces, pero le gustan mucho las frutas. Antes de sentarse a la mesa la observa disimuladamente y hace arreglar lo que no está en orden o bien dispuesto. Prepara él mismo la ensalada, y dice que nadie la prepara mejor que él, y que esa habilidad la debe a las damas de Francia.

He dicho ya que el Libertador sabe tomar un tono de dignidad cuando se encuentra entre personas de poca confianza, pero que se desembaraza de él cuando está con los suyos. En la iglesia se mantiene con mucha compostura y respeto, y no permite que los que van con él se aparten de aquella regla. Un día notó que su médico, el doctor Moore, estaba sentado y con una pierna sobre la otra, y le mandó decir con un edecán que era indecente cruzar las piernas en la iglesia y que observara cómo él tenía las suyas. Pero S.E. ignora, cuando está en misa, el momento en que debe ponerse de rodillas, o mantenerse en



pie, o sentarse. Nunca se persigna. Algunas veces habla con el que está a su lado, pero poco y muy pasito.

Las ideas del Libertador son como su imaginación: llenas de fuego, originales y nuevas. Ellas animan mucho su conversación haciéndola muy variada. Su espíritu es más amigo de la crítica que del elogio, pero nunca a sus críticas o a sus elogios les falta la verdad.

S.E. alaba siempre, o sostiene, o aprueba, con algo de exageración.

Lo mismo sucede cuando critica o cuando condena. En la conversación hace muchas citas, pero siempre bien traídas. Voltaire es su autor favorito, y tiene en la memoria muchos pasajes de sus obras, tanto en prosa como en verso. Conoce bien todos los buenos autores franceses, que sabe apreciar y juzgar, algo los italianos e ingleses, y es muy versado en la literatura española. Gusta mucho S.E. de hablar de sus primeros años, de sus primeros viajes, de sus primeras campañas, de sus antiguos amigos y de sus parientes. No he oído nunca una calumnia en su boca. El Libertador ama la verdad, la heroicidad, el honor, las consideraciones sociales y la moral pública, detesta y desprecia todo lo que se oponga a estos grandes y nobles sentimientos.



Después de comer fuimos a dar un paseo por las calles, y entramos por casualidad en la iglesia, en medio de la cual se veía un angelito muy bien vestido y adornado con muchas flores. S.E. se detuvo por unos instantes a mirar aquel niño que la muerte había segado tan temprano; luego se puso a observar algunos cuadros de santos y santas y a criticar las pinturas que, efectivamente, son lo peor que puede haber, y dijo: «¡Lo que es el pueblo! Su credulidad e ignorancia hace de los cristianos una secta de

idólatras. Echamos pestes contra los paganos porque adoraban las estatuas, y nosotros, ¿qué es lo que hacemos? ¿No adoramos como ellos pedazos de piedra, de madera groseramente esculpidos, retazos de lienzos mal embadurnados, como estos que acabamos de ver, y como la tan reputada Virgen de Chiquinquirá, que es la peor pintura que yo haya visto, y quizás la más reverenciada en el mundo y la que más dinero produce? ¡Ah, sacerdotes hipócritas e ignorantes! En estas dos clases los pongo a todos: si están en la primera, ¿por qué el pueblo se deja dirigir por unos embusteros? Y si están en la segunda, ¿por qué se deja conducir por unas bestias? Conozco a muchos que me han dicho: “Soy filósofo para mí solo o para unos pocos amigos, y sacerdote para el vulgo”. Profesando tales máximas afirmo yo que dejan de ser filósofos para tornarse en charlatanes». Continuó S.E. diciendo que el estado actual de las luces dejaba a muy pocos engañados en estas materias; que los hombres racionales no discutían ya principios, dogmas y misterios, cuyos cimientos eran reconocidamente falsos, y que, por lo mismo, se sabía que eran hijos de la superstición y la impostura. «¡Pero qué imprudencia todavía por parte de nuestros empíricos sagrados! No puedo recordar sin risa y sin desprecio el edicto en que me excomulgaron, a mí y a todo mi ejército, los gobernadores del arzobispado de Bogotá, doctores Pey y Duquesne, el día 3 de diciembre del año 14, afirmando que yo venía a saquear las iglesias, a perseguir a los sacerdotes, a destruir la religión, a violar las vírgenes y a degollar a los hombres y a los niños, y todo esto para retractarlo públicamente con otro edicto, en el que, en lugar de pintarme como impío y hereje, como lo habían hecho en el primero, confesaban que yo era un bueno y fiel católico. ¡Qué farsa tan ridícula y qué lección para los pueblos! Nueve o diez días de intervalo hubo entre aquellos dos edictos. El primero se dio porque marchaba sobre Bogotá por orden del Congreso general, y el segundo porque ha-



bía entrado victorioso en aquella capital. Nuestros sacerdotes tienen todavía el mismo espíritu, pero el efecto de las excomuniones es nulo ahora; las fulminan sin otro resultado que el de aumentar su ridículo, mostrar su impotencia y aumentar cada día más el desprecio que merecen».

El Libertador prosiguió diciendo que todo esto lo decía como pensador y que tales eran sus ideas como particular, como hombre, pero que, como ciudadano, respetaba las opiniones recibidas, y como jefe del Estado había protegido y siempre protegería la religión católica que es, puede decirse, no sólo dominante sino universal en Colombia; que entre sus ministros había, como en todos los países, excelentes, mediocres y perversos; que estos últimos se encontraban más a menudo entre los frailes, y a veces entre los curas; que en el alto clero había buena moral, buenos ejemplos y virtudes, y que la desmoralización estaba relegada principalmente en los conventos de hombres; que en los de monjas sólo se veía pureza, virtudes y moral ejemplar. S.E. continuó diciendo: «El arzobispo de Bogotá, el señor Caicedo, es un santo varón, un viejo patriota, un hombre de excelentes y sencillas costumbres que vive persuadido de la verdad de su religión y habla de ella con buena fe y sin hipocresía; lo mismo puede decirse del arzobispo de Caracas doctor Méndez; éste es, además, un valiente; con nosotros hizo la guerra en los llanos, y la patria le debe grandes servicios; ambos tienen convicciones y erudición teológica, pero hasta ahí llega su ciencia. Los obispos de Mérida y Popayán, señores Lazo y Jiménez, son hombres muy diferentes. El último ha servido a su rey haciendo atrocidades en Colombia, es el criminal autor de toda la sangre que ha corrido en Pasto y en el Cauca, es un hombre abominable y un indigno ministro de una religión de paz; la humanidad debe proscribirlo. El primero no se ha manchado con tales horrores,

no es un gran criminal, aunque sí se ha hecho delincuente para con el Gobierno de la República; ambos son hipócritas y sin fe».



Durante la comida, nada se dijo sobre política, y la conversación general no ha ofrecido nada interesante que referir. Después de comer, S.E. se sentó en su hamaca diciendo que no tenía ganas de pasear; todos se fueron y sólo yo me quedé con él.

Pasados algunos momentos de conversación en materias filosóficas sobre el sistema del alma, S.E. dijo que los filósofos de la Antigüedad habían divagado a su gusto alrededor de ella y que muchos modernos los habían imitado.

«No gusto, continuó, entrar en metafísicas que descansan sobre bases falsas. Me basta saber y estar convencido de que el alma tiene la facultad de sentir, es decir, de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero que no tiene la facultad de pensar, porque no admito ideas innatas. El hombre, continuó, tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, igualmente material, y, según el estado actual de la ciencia, no se considera a la inteligencia sino como una secreción del cerebro; llámese, pues, este producto alma, inteligencia, espíritu, poco importa, ni vale la pena disputar sobre ello; para mí la vida no es otra cosa sino el resultado de la unión de dos principios, a saber: de la contractilidad, que es una facultad del cuerpo material, y de la sensibilidad, que es una facultad del cerebro o de la inteligencia. Cesa la vida cuando cesa aquella unión; el cerebro muere con el cuerpo, y muerto el cerebro no hay más secreción de inteligencia.

Deduzca usted de ahí cuáles serán mis opiniones en materia de Elíseo o de Ténaro o Tártaro, y mis ideas sobre las ficciones sagradas que preocupan todavía tanto a los mortales».



—Esa filosofía, señor —dije al Libertador— es muy elevada y no veo muchos hombres en este país capaces de elevarse hasta ella.

— El tiempo, amigo mío —replicó S.E.— la instrucción, las despreocupaciones que vienen con ella, y una cierta disposición de la inteligencia irán poco a poco iniciando a mis paisanos en las cosas naturales, quitándoles aquellas ideas y gustos por las sobrenaturales.



Después de la comida, el Libertador salió a pie; sólo Wilson y yo lo acompañamos. Me preguntó en qué año había nacido, y le contesté que en el de 1780.

—Yo pensaba —dijo— ser de la misma edad de usted, y tengo tres años menos, porque nací en 1783 y parezco más viejo que usted. ¿Cuántas veces se ha casado usted?

—Una, señor —le contesté— y fue en el año de 1825, con la mujer que tengo.

—Usted, pues —dijo S.E.— se casó a los 45 años; ésta es la verdadera edad en que debe casarse el hombre. Yo no tenía 18 cuando lo hice en Madrid, y enviudé en 1801, no teniendo todavía 19 años. Quise mucho a mi mujer, y su muerte me hizo jurar no volver a casarme. He cumplido mi palabra. Miren ustedes lo que son las cosas: si no hubiera enviudado quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser alcalde de San Mateo.

—Ni Colombia, ni el Perú —le repliqué— ni toda la América del Sur estuvieran libres, si V.E. no hubiera tomado a su cargo la noble e inmensa empresa de su Independencia.

—No digo eso —prosiguió S.E.— porque yo no he sido el único autor de la revolución, y porque durante la crisis re-

volucionaria y la larga contienda entre las tropas españolas y las patriotas hubiera aparecido algún caudillo al no estar yo presente, y porque el ambiente de mi fortuna no hubiese perjudicado la fortuna de otros, manteniéndolos siempre en una esfera inferior a la mía. Dejemos a los supersticiosos creer que la Providencia es la que me ha enviado o destinado para redimir a Colombia. Las circunstancias, mi genio, mi carácter, mis pasiones me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me lo han hecho seguir y me han mantenido en él. Oigan esto: huérfano a la edad de 16 años, y rico, me fui a Europa, después de haber visitado México y la ciudad de La Habana, y fue entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza; volví de Europa para Caracas en el año de 1801, con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena de los ensueños del más violento amor, y no de ideas políticas, porque éstas todavía no habían golpeado mi imaginación. Muerta mi mujer, y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví a España, y de Madrid pasé a Francia y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés por los asuntos públicos. La política me atraía, y yo seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año de 1804, la coronación de Napoleón. Aquel acto magnífico me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba por el héroe. Aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular, excitado por las glorias, por las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de personas, me pareció ser, para el que recibía aquellas ovaciones, el último grado de las aspiraciones humanas, el supremo deseo y la suprema ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón sobre la ca-



beza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que conquistaría el que le libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme de que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que representaría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creerse que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que adquirí en mis viajes, y en América no hubiera formado aquella experiencia, ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano en el camino de la política, y me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres. Vean, pues ustedes, si ha influido o no sobre mi suerte.

Siguió la conversación sobre la misma materia hasta que volvimos a casa de S.E., donde encontramos a varias personas que le aguardaban. El Libertador quedó en tertulia hasta las nueve que se retiró a su cuarto.



Siguió luego la misma lectura, y de repente tirando el libro sobre la mesa, desde su hamaca donde se hallaba, dijo: «Usted habrá notado, no hay duda, que en mis conversaciones con los de mi casa, y otras personas, nunca hago el elogio de Napoleón; que, al contrario, cuando llego a hablar de él o de sus hechos es más bien para criticarlos que para aprobarlos, y que más de una vez me ha sucedido llamarlo tirano, déspota, como también el haber censurado varias de sus grandes medidas políticas, y

algunas de sus operaciones militares. Todo esto ha sido y es aún necesario para mí, aunque mi opinión sea diferente; pero tengo que ocultarla y disfrazarla para evitar que se establezca la opinión de que mi política es imitada de la de Napoleón, que mis miras y proyectos son iguales a los suyos, que como él quiero hacerme emperador o rey, dominar la América del Sur como ha dominado él la Europa; todo esto lo habrían dicho si hubiera hecho conocer mi admiración y mi entusiasmo por aquel grande hombre. Más aún hubieran dicho mis enemigos: me habrían acusado de querer crear una nobleza y un estado militar igual al de Napoleón en poder, prerrogativas y honores. No dude usted de que esto hubiera sucedido si yo me hubiera mostrado, como lo soy, grande apreciador del héroe francés; si me hubieran oído elogiar su política, hablar con entusiasmo de sus victorias, preconizarlo como el primer capitán del mundo, como hombre de Estado, como filósofo y como sabio. Todas éstas son mis opiniones sobre Napoleón, y todo lo que a él se refiere es para mí la lectura más agradable y más provechosa; allí es donde debe estudiarse el arte de la guerra, el de la política y el de gobernar».

Aquella confesión singular e inesperada del Libertador me sorprendió. En varias ocasiones había yo atraído la conversación sobre Napoleón, pero nunca había podido fijarme en el verdadero juicio que de él hacía S.E. Había oído algunas críticas, pero sobre hechos parciales, y no sobre el conjunto de todos ellos, sobre toda su vida pública, sobre su genio y capacidades. Esta noche el Libertador ha satisfecho mi deseo.



La casa de campo a donde hemos acompañado a S.E. esta mañana, dista dos leguas de esta villa: en ella almorzamos y comimos. Sólo el general Soubllette no fue al paseo por hallarse



un poco indispuerto. Durante el día fuimos a cazar y S.E. se apartó de nosotros, quedando bastante distante y solo, más de hora y media; pero siempre nos mantuvimos a su vista, aunque él trataba de ocultarse de nosotros. Habiéndose vuelto a juntar, nos dijo: «Mucho me están ustedes cuidando, lo mismo que si tuvieran sospechas de algún complot contra mi persona. Díganme francamente, ¿les han escrito algo de Ocaña?». Viendo que nadie contestaba, el coronel Ferguson sacó una carta de O'Leary y la presentó a S.E., quien, después de haberla leído, dijo: «¿Seguramente que todos ustedes tenían conocimiento de esta carta?». El mismo coronel Ferguson que la había mostrado a todos, contestó que sí, pero que todos guardaban secreto sobre su contenido. «Siendo así, continuó el Libertador, lean ustedes la que Briceño me ha dirigido: yo no quería mostrarla a nadie, ni hablar de ella; pero puesto que ustedes están instruidos del mismo negocio, impónganse de todos los pormenores que O'Leary no ha dado en la suya». Leímos la carta del general Pedro Briceño Méndez, que en sustancia decía que un asistente de Santander había oído a éste hablar con Vargas Tejada, Azuero y Soto, del Libertador, lo que llamó su atención, y oyó muy distintamente que trataban de enviar a Bucaramanga a un oficial para asesinarlo; que el asistente, cuando oyó aquel infernal proyecto, estaba componiendo la cama de Santander, como a las nueve de la noche; que horrorizado con la premeditación de un crimen que debía quitar la vida al Libertador, a quien siempre había querido, fue al día siguiente a contar lo que había oído a una señora que sabía ser amiga del general Bolívar, lo que le ha comunicado una de las criadas de dicha señora con quien tenía relaciones. Que la señora, luego que estuvo impuesta, envió a buscar al general Briceño, a quien hizo la relación de lo ocurrido; que este general habló el mismo día con el asistente, quien le confirmó todo lo que había contado a la señora. El co-

ronel O'Leary en su carta decía solamente que estaba instruido de que un oficial debía ir desde Ocaña a Bucaramanga, enviado por Santander, con el proyecto de asesinar al Libertador; y que, por lo mismo, debía tenerse mucho cuidado con los que llegaran, y de no dejar solo a S.E. el Libertador, hablando sobre el mismo negocio, decía que aunque conocía la exaltación del general Santander y de sus compañeros, no podía creer que llegasen a formar tal proyecto; que su asistente habría oído mal, o quizás habría inventado el cuento, y que, finalmente, aunque fuera cierto, no les sería fácil encontrar quien se encargase de dicho proyecto, y que más difícil sería aún la ejecución; que por todos aquellos motivos, poco cuidado le había dado el aviso de Briceño; que, sin embargo, hay ciertas reglas de prudencia de las que los insensatos sólo se apartan, y casos también, en que toda prudencia es inútil, porque nuestra buena o mala suerte o, si se quiere, el acaso solo, y no nuestra previsión, nos salva o nos pierde; que en Jamaica y en el rincón de los Toros, no fueron ciertamente sus cálculos prudentes, ni sus medidas previsivas las que le salvaron la vida, sino sólo su buena fortuna. Yo entonces le dije que había oído referir varias veces aquellos dos acontecimientos extraordinarios, pero con tantas variantes que me hacían dudar de la verdad. «Pues señor, dijo el Libertador, para que no le quede a usted ninguna duda, y para que conozca sus pormenores, oiga y oigan ustedes también, (dirigiéndose a los demás), cómo pasaron las cosas». Todos nos pusimos alrededor del Libertador, sentados a la sombra de unos grandes árboles; nuestros perros hacían la guardia, situados cerca de nosotros, y nuestros asistentes estaban a cierta distancia, contando igualmente sus cuentos. El Libertador principió de este modo:

«Algunos días antes de mi salida de Kingston, en Jamaica, para la isla de Haití, en el año de 1816, supe que la dueña de la posada en que estaba alojado con el actual general Pedro Briceño



Méndez y mis edecanes Rafael A. Páez y Ramón Chipia, había tratado mal y aun insultado a este último, faltándole así a la consideración debida, lo que me hizo no sólo reconvenirla fuertemente, sino que determiné mudar de alojamiento. Efectivamente, salí con mi negro Andrés con el objeto de buscar otra casa, sin haber participado a nadie mi proyecto; hallé lo que buscaba y me resolví a dormir en ella aquella misma noche, encargando a mi negro de llevarme allí una hamaca limpia, mis pistolas y mi espada; el negro cumplió mis órdenes sin hablar con nadie, aunque no se lo había encargado, porque era muy reservado y callado. Asegurado mi nuevo alojamiento, tomé un coche y fui a comer a una casa de campo de un negociante que me había convidado. Eran las doce de la noche cuando me retiré, y fui directamente a mi nueva posada. El señor Amestoy, antiguo proveedor de mi ejército, debía salir de Kingston para los Cayos al siguiente día, en una comisión de que lo había encargado, y vino aquella misma noche a mi antigua posada, para verme y recibir mis últimas instrucciones; no hallándome, aguardó, pensando que llegaría de un momento a otro. Mi edecán Páez se retiró un poco tarde para acostarse, pero quiso antes beber agua y halló la tinaja vacía; entonces despertó a mi negro *Piíto* y éste tomó dicha tinaja para ir a llenarla; mientras tanto el sueño se apoderaba de Amestoy que como he dicho me aguardaba, y él se acostó en mi hamaca, que estaba colgada, pues la que Andrés había llevado a mi nuevo alojamiento la había sacado de los baúles. El negrito Pío o *Piíto*, pues así lo llamábamos, regresó con el agua, vio mi hamaca ocupada, creyó que el que estaba dentro era yo, se acercó, y dio dos puñaladas al infeliz Amestoy que quedó muerto. Al recibir la primera dio un grito, moribundo, que despertó al negro Andrés quien al mismo instante salió para la calle y corrió para mi nuevo alojamiento, que sólo él conocía; me estaba refiriendo lo ocurrido cuando entró Pío, que había seguido a An-

drés. La turbación de Pío me hizo entrar en sospechas; le hice dos o tres preguntas, y quedé convencido de que él era el asesino, sin saber todavía quién era la víctima. Tomé al momento una de mis pistolas, y dije entonces a Andrés que amarrase a Pío. Al día siguiente confesó su crimen y declaró haber sido inducido por un español para quitarme la vida. Aquel negrito tenía 19 años, desde la edad de 10 a 11 estaba conmigo, y yo tenía absoluta confianza en él. Su delito le valió la muerte, que recibió sobre el cadalso. El español designado como inductor fue expulsado de Jamaica, y nada más, porque no se le pudo probar nada. Hay datos para creer que dicho individuo había sido enviado por el general español que mandaba entonces en Venezuela. Miren ustedes, continuó el Libertador, qué casualidad fue la que me salvó la vida y la hizo perder al pobre Amestoy. ¿Qué decir, qué concluir de esto? Que fue un acaso feliz para el uno y desgraciado para el otro. Ahora oigan este otro acontecimiento que también quiere conocer el coronel Lacroix. En la campaña de 1818 —que así como la del año de 14 fue una mezcla de muchas victorias y reveses, pero que no tuvo los resultados funestos de aquélla, sino consecuencias favorables e importantes para mi ejército y la nación— marché un día de San José de Tiznados, con poco más o menos 600 infantes y 800 hombres de caballería, con el objeto de ir a reunirme con las tropas que mandaba el general Páez. Había dado orden para que mi división acampara en una sabana del Rincón de los Toros, donde llegó como a las cinco de la tarde; yo llegué al anochecer, y fui enseguida a situarme con mis edecanes y mi secretario, el actual general Briceño Méndez, bajo una mata que conocía yo, y en donde colocaron mi hamaca. Después de haber comido algo, me acosté. Encargué al general Diego Ibarra, mi primer edecán, de situar la infantería en el punto que le había indicado, y después se había ido, sin que lo supiera yo, a un baile que había no sé en qué lugar, para regresar



después de media noche a mi campamento. Apenas hacía dos horas que estaba durmiendo, cuando llegó un llanero a darme parte de que los españoles habían llegado a su casa, distante dos leguas de mi campamento, y que eran muy numerosos y los había dejado descansando. Según las contestaciones que me dio, y las explicaciones que le exigí, juzgué que no era el ejército del general Morillo, pero sí una fuerte división, mucho más numerosa que la mía. El temor de que me sorprendiesen de noche me hizo dar órdenes en el momento para que se cargasen las municiones y todo el parque y se levantara el campo, con el objeto de ir a ocupar otra sabana, y engañar así a los enemigos que seguramente vendrían a buscarnos en la que estábamos. Dos de mis edecanes fueron a comunicar aquellas órdenes y a activar el movimiento, debiendo avisarme cuando empezara. Volví a acostarme en mi hamaca, y en aquel mismo momento llegó mi primer edecán quien, por no despertarme, se acercó sin ruido y se acostó cerca de mí, en el suelo, sobre una cobija; yo le oí, lo llamé y le di orden de ir a donde estaba el jefe de Estado Mayor, para que se apresurase el movimiento. El general Ibarra fue a pie a cumplir aquella disposición, mas apenas hubo andado un par de cuabras en la dirección en que estaba el Estado Mayor, cuando oyó al general Santander, jefe entonces de dicho E.M., y habiéndose acercado a él, le comunicó mi orden, y entonces Santander le preguntó, en voz alta, dónde me hallaba yo. Ibarra le enseñó y Santander, picando la mula, vino a darme parte de que todo estaba listo y de que las tropas iban a empezar el movimiento. Ibarra regresó en aquel momento; yo estaba sentado en mi hamaca, poniéndome las botas; Santander seguía hablando conmigo; Ibarra se acostaba, cuando una fuerte descarga nos sorprende, y las balas nos advierten que habían sido dirigidas sobre nosotros: la oscuridad nos impidió distinguir los objetos. El general Santander gritó en el mismo instante: el enemigo. Los pocos que éramos nos pusi-

mos a correr hacia el campo, abandonando nuestros caballos y cuanto había en la mata¹. Mi hamaca, según supe después, recibió dos a tres balazos; yo, como he dicho, estaba sentado en ella, pero no recibí herida ninguna, ni tampoco Santander, Ibarra ni el general Briceño, que estaban conmigo; la oscuridad nos salvó. La partida que nos saludó con sus fuegos era española. Se ha dicho que los enemigos, al entrar en la sabana, encontraron allí un asistente del padre Prado, capellán del ejército, que estaba cuidando unos caballos; que lo cogieron y amarraron, obligándolo a conducirlos a la mata, donde me hallaba, y que estando ya muy cerca de ella, vieron al general Santander, sin saber quién era, y siguieron sus pasos y después los del general Ibarra».

S.E. continuó diciéndonos que, en aquella misma noche, tuvo que andar a pie hasta que José, su mayordomo, le consiguió una mula muy mala que después cambió por el caballo del general Ibarra que había logrado encontrar; que por la mañana fueron atacados por los españoles y derrotados, porque la caballería suya no quiso batirse y huyó cobardemente; que perseguido se quitó la chaqueta militar que llevaba y la tiró al suelo, para no ser el único blanco de los enemigos; que ellos recogieron dicha chaqueta y la enseñaban en los pueblos con su hamaca, con el objeto de acreditar con aquellos mudos testigos su muerte, que estaban publicando; que el comandante en jefe de la división española, que se llamaba López, fue muerto, y cogido su caballo por el coronel Infante, quien se lo dio y en el que se retiró a Calabozo. Concluida aquella relación volvimos a la casa de campo para comer, y por la tarde hemos venido a

1 Se da el nombre de «mata», en Venezuela, a ciertos bosquecillos, acompañados, a veces, de aguas vertientes que se levantan en medio de los llanos y sirven de sesteadero al ganado y como de oasis a los viajeros. La mata de la miel recuerda una de las épicas proezas de Páez.



esta villa, habiendo así matado un día, como dijo S.E. o, si se quiere, habiéndolo pasado sin fastidio y sin enojos.



Llegamos a Bucaramanga sudando, y ya al anochecer. S.E. nos dijo que fuéramos a mudarnos y que volviéramos para jugar. Mudado yo, fui a buscar al general Soubllette, a quien encontré con el coronel Manuel Muñoz que acababa de llegar de Ocaña. El general le dijo que esta misma noche hablaría de él al Libertador, y que mientras tanto fuese en solicitud de su alojamiento. El Libertador nos aguardaba. El general Soubllette lo impuso de la llegada del coronel Muñoz, preguntándole si quería que se lo presentase esta misma noche o mañana.

«No lo quiero ver, contestó secamente S.E., por no decirle todo lo que merece oír, y manifestarle toda mi indignación y mi desprecio por su persona, y espero que usted, general Soubllette, se muestre muy áspero con él y que lo trate con el modo con que recibía usted en Caracas a los que no le gustaban, cuando usted estaba allá de vicepresidente y lo llamaban déspota y tirano». Estas últimas palabras las pronunció el Libertador con risa. Empezamos el juego y lo seguimos hasta más de las doce de la noche. S.E. nos dijo que estaba algo cansado, y que seguramente era efecto de la carrera de la tarde; que no sólo había perdido mucho de su fuerza y vigor, sino también casi toda su agilidad; que en su juventud hacía cosas extraordinarias y saltaba mejor que nadie. «Me acuerdo, dijo S.E., que todavía en el año de 17, cuando estábamos en el sitio de Angostura, di uno de mis caballos a mi primer edecán Ibarra para que fuera a llevar algunas órdenes a la línea y recorrerla toda. El caballo era grande y muy corredor, y antes de ensillarlo, Ibarra se puso a apostar con varios jefes del Ejército a que saltaría sobre el caballo, partiendo del lado de

la cola e iría a caer del otro lado de la cabeza. Lo hizo, efectivamente, y precisamente llegué yo en aquel mismo momento. Dije entonces que Ibarra no había hecho gran gracia, y para probarlo a los que estaban presentes, tomé el espacio necesario, di el brinco, pero caí sobre el cuello del caballo, recibiendo un fuerte golpe del cual no hablé. Picado mi amor propio, di un segundo salto y caí sobre las orejas, recibiendo otro golpe más fuerte que el primero, pero esto no me desalentó, por el contrario, cobré más ardor, y la tercera vez salté el caballo. Confieso que hice una locura, pero entonces no quería que nadie pudiera vanagloriarse de ganarme en agilidad y que hubiera uno que pudiera decir que hacía lo que yo no podía hacer. No crean ustedes que esto es inútil para el hombre que manda a los demás; éste, en todo, si es posible, debe mostrarse superior a los que deben obedecerle. Es el medio de conquistarse un prestigio duradero e indispensable para el que ocupa el primer rango en una sociedad, y, particularmente, si se halla a la cabeza de un ejército»².

2 Este principio era el de Pompeyo que corría, brincaba y llevaba un gran peso también y mejor que cualquier hombre o soldado de su tiempo. El historiador Salustio lo ha elogiado por todos esos saberes. (Nota del *Diario*).

Hiram Paulding

1797 - 1878



Un rasgo de Bolívar en campaña (fragmento)



NUESTRO GUÍA NOS CONDUJO por unas calles estrechas a la casa del cura, donde después de haber llamado por largo tiempo, habló con un soldado en su idioma nativo, y luego le seguimos a casa del gobernador. En medio del cuarto donde fuimos admitidos había una mesa tosca, y a la luz de un agitado tizón, vimos una porción de oficiales y otros viajantes acostados en el suelo con las sillas de montar por almohadas. A nosotros nos había repugnado el desaseo, miseria y hábitos brutales de la gente, pero si acaso nos quedaba aún este sentido, estaba ya tan embotado por la repetición de las mismas escenas, que no tuvimos mayor reparo en tendernos al lado de algunos de los dormidos viajantes, y pronto se apoderó de nosotros un sueño profundo y corroborante. Ya era mucho después que el sol había esparcido sus oblicuos rayos sobre las cordilleras cuando despertamos, echando de ver que todos los compañeros de dormitorio se habían marchado, y que nuestra dura cama era un pasadizo común, por donde guías y soldados iban y venían sin ceremonia por encima de nosotros con sus sillas y arneses.

Aquí fue donde por primera vez nos dieron razón cierta del cuartel general de Bolívar, quien se hallaba en Huaras, dos

leguas solamente de Arecuai. Ya era medio día cuando nos facilitaron caballos, y luego salimos caminando por la falda de las cordilleras como a una legua de la nieve. Bien arriba de las colinas y cerros que nos rodeaban, había ricos campos de caña de azúcar, maíz, trigo y cebada. Parajes había cultivados que parecían inaccesibles y prometían una abundante cosecha: y árboles de guayabas, chirimoyas, naranjas y limones formaban espesos bosques alrededor de las embarradas chozas de los habitantes. Aunque la distancia de Arecuai a Huaras no era más que de seis millas, nosotros tardamos cinco horas en rendirlas.

Como a las seis de la tarde entramos en la ciudad, y nos dirigieron a casa del prefecto. Aquí todo llevaba un aspecto totalmente diverso de todos los parajes que habíamos visto anteriormente. Muchas de las casas eran grandes y elegantes, las calles anchas y bien empedradas, y los oficiales y soldados pasaban acá y allá con el aire marcial de su profesión. El prefecto era un coronel, y así que le informé de mi comisión, dio orden a un ayudante para que me buscara alojamiento, y a otro para acompañarme a casa del Libertador. Con una barba que no había tocado la navaja desde el principio de mi viaje, y con un vestido entrapado del polvo y suciedad que había cogido por el camino, no podía yo desear ser presentado a S.E. hasta asearme y mudarme de limpio, lo cual hice presente al prefecto. Claro está que en este punto debía él convenir con mi parecer, pero después de haberlo pensado un poco me indicó que eran tales las instrucciones que tenía del Libertador, que no podía tomar sobre sí la responsabilidad de semejante dilación. Yo accedí de mala gana y me despedí de él, saliendo en compañía del oficial, quien me condujo al alojamiento del Libertador.

A poco de haber andado, entramos en un gran patio, donde estaba la guardia: el oficial de ella, capitán o teniente, era un mulato atezado, y varios de los soldados pertenecían a la mis-



ma raza mixta. Habiendo pasado el recado de mi llegada, bien pronto me hallé en una situación, que fue menester llamar toda mi firmeza en mi socorro. Yo fui introducido a un gran salón donde el general Bolívar estaba sentado a comer con cuarenta o cincuenta de sus oficiales vestidos de hermosos uniformes, y como me dieron a conocer por oficial de Marina de los Estados Unidos, S.E. se levantó de la mesa, me dio cordialmente la mano y me hizo sentar a su lado. Me convidó a comer, pero luego me dispensó cuando me excusé de hacerlo. «Yo presumo —dijo él— que V. no habrá tenido mucho vino por el camino que ha traído, y así espero no se negará a tomar un vaso de champaña».

Luego me hizo algunas preguntas sobre mi viaje, habló libremente sobre varios asuntos, invitó a los oficiales a llenar los vasos, y me introdujo con ellos brindando a mi salud con una copa. Su cordialidad, su franqueza y cortesía exenta de toda ceremonia, me disiparon enteramente la cortedad que sentí al principio de mi presentación. Él continuó hablando sin cesar y con viveza hasta que se acabó la comida que fue poco después de mi llegada. No queriendo sin duda continuar por más tiempo en los placeres de la mesa, guardó silencio, y levantándose de su asiento, los oficiales se despidieron al instante. Después de haberse retirado la compañía, le pregunté si quería S.E. recibir los despachos de que había tenido la honra de ser el portador, o si se los entregaría al día siguiente; a lo que me respondió: «Ahora los recibiré y los examinaré inmediatamente, y cuanto antes me sea posible despacharé la contestación, para que V. se la lleve a su comandante». En seguida se excusó conmigo por no poder hospedarme consigo por cuanto no había un cuarto desocupado en la casa; y llamando al capitán Wilson, uno de sus edecanes, le encargó de buscar un alojamiento cómodo para mí y mi compañero en la casa de algún ciudadano. «V. debe venir —añadió él dirigiéndose a mí— a almorzar mañana conmigo y a comer a mi

mesa mientras permanezca V. en Huaras». El capitán Wilson y yo nos encontramos con el ayudante encargado por el prefecto de buscarnos alojamiento, y él nos condujo a casa de don Manuel Sal y Rosa, uno de los alcaldes de la ciudad. Este caballero no estaba en casa, y su mujer como de costumbre nos empezó a llorar lástimas, siempre con la cantinela de la mucha pobreza. El oficial peruano trató de ridícula su excusa, llamando su atención sobre la apariencia de cuanto había en la casa que indicaba disfrutar sus dueños de conveniencias; y yo no sé en qué hubiera parado todo, si la llegada oportuna de don Manuel no hubiera puesto fin a la controversia diciendo que su casa con cuanto había en ella estaba a nuestro servicio. La impresión favorable que este caballeroso proceder hizo en mi ánimo en esta ocasión fue plenamente corroborado por la cortesanía y atención con que nos trató después, y todavía en mis lisonjeros recuerdos le cuento entre el número de aquellos hombres con quienes me ha hecho encontrar la buena suerte, y cuyas altas prendas los han distinguido de la masa común del linaje humano.

La señora Sal y Rosa, como buena esposa, siguió bien pronto el ejemplo de su marido, luego que observó que él tenía gusto en obsequiarnos. Se tomó el trabajo de disculparse con nosotros por haber puesto reparo en recibirnos al principio contándonos algunos de los infinitos casos en que habían abusado sin motivo de su patriotismo y hospitalidad. En suma yo era tratado con tanto agrado que me gustó más almorzar en la buena sociedad de mi patrón que asistir de ceremonia a la mesa del Libertador, cuyo convite en términos generales miraba yo como un cumplimiento, de que podía aprovecharme como mejor se adaptase a mi gusto y conveniencia; y luego tuve una gran mortificación al saber que había estado esperando por mí hasta bien tarde. A las once pasé a su alojamiento en compañía del general Miller, inglés, que con su afabilidad y caballeresca



valentía granjeaba el aprecio y admiración de todos los que le conocían. El Libertador salió a recibirnos a la puerta, me dio la queja por no haber ido a almorzar con él, y nos llevó a su despacho, donde nos hizo sentar... Entonces dirigiéndose al general con gravedad, le vituperó el no haberse reunido todavía a su división que estaba ya muy avanzada; le habló de la necesidad de hacerlo así con la mayor posible brevedad, y se extendió por algunos minutos en un torrente de elocuencia, muy notable por el doble sentido que envolvía de consejo y reprensión, pero al mismo tiempo con la delicadeza que el pundonor del general exigía de todos sin exceptuar al general en jefe.

Luego que se retiró el general Miller, el Libertador entró en conversación conmigo sobre las quejas dadas contra el almirante peruano. Él desaprobó el proceder de aquel marino, dijo que no había seguido sus instrucciones, que iba a mandarle otras nuevas conmigo, y que si no las observaba desatendiendo el derecho de gentes, él haría que fuese castigado. Él habló en términos muy honoríficos de la tolerancia y moderación que distinguía la conducta conciliadora que había seguido el Comodoro Hull, concluyendo con la cláusula de que no se debía esperar menos de un oficial que había dado tantos días de gloria a su patria.

Yo me levanté para despedirme, pero me detuvo él, diciendo que no tardaría en estar lista la comida. De la conversación sobre el almirante peruano pasó a hablar del estado político de la Europa con relación a las nuevas Repúblicas de América. Debe tenerse presente que poco antes de aquella época, muchos en este país así como en Inglaterra tenían recelos de que algunos miembros de la Santa Alianza se unirían a España para hacer volver a la obediencia a los súbditos que ésta había tenido en el continente americano. El general Bolívar trató sobre esto en el discurso de sus reflexiones, pero dijo que él tenía seguridades tanto de Francia como de Rusia, de que estas naciones no inter-

vendrían en la Independencia de la América Española. Él habló de los sacrificios y padecimientos de Colombia en la causa de la libertad, tocando por incidencia el punto de la generosa simpatía que habían siempre encontrado en el pueblo de los Estados Unidos; y dijo que era natural que deseásemos buen suceso a los nuevos Estados de América, habiendo pasado nosotros por la misma prueba: que su causa era la de la libertad en todas partes del mundo: que Francia y Rusia no podrían hacer la guerra a las nuevas Repúblicas de América sin ser contrariadas por Inglaterra y los Estados Unidos, lo cual no ignoraban aquellas naciones, y que además de eso, no se les ocultaba a ellas el resultado de exponer a sus súbditos al contagioso ejemplo que presenta un pueblo libre peleando por la libertad contra sus tiranos. «Francia —añadió— no ha olvidado todavía su revolución, que si no ocasionada, a lo menos fue acelerada por los principios liberales de que se habían imbuido las tropas mandadas a auxiliar al pueblo de los Estados Unidos en su revolución con el roce de aquellas gentes». De esta manera prosiguió hablando con rapidez sin casi ninguna interrupción clavados los ojos en el suelo.

Yo guardaba silencio y le escuchaba como es de suponerse con vivo interés: ya no sentía ningún embarazo en su presencia; sus modales eran los más propios para desvanecer cualquiera impresión de esta clase, porque aunque yo no era a su lado sino un sujeto humilde, y él el hombre más distinguido de los que entonces vivían, nuestra posición relativa era bien entendida de ambos y debidamente apreciada.

A las cuatro y media avisaron que estaba dispuesta la comida; un gran número de oficiales se reunieron en el salón, todos saludaron al Libertador así que se presentó, y poniéndome este *Gran Hombre* a su derecha y a Mr. H. a la izquierda, los demás se fueron sentando a la mesa, la que fue servida del modo más llano posible. Toda la mañana había mostrado el Libertador un



semblante grave y pensativo, que hasta tocaba en melancólico; pero desde el momento en que se sentó a la cabecera de la mesa, rodeado de oficiales de su ejército, pareció otro enteramente. Todo aquel gesto sombrío desapareció de sus facciones, sus ojos centelleaban de vivacidad, dirigiéndose de uno en otro a todos los convidados con un torrente de dichos agudos y chanzas ligeras, y difundiendo en los ánimos tanto buen humor y encanto, que embelesados los ojos de todos estaban fijos en él con extático deleite. Al veterano coronel Sands, irlandés, que con su larga carrera y señalados servicios en Colombia se había granjeado un lugar distinguido en el aprecio del Libertador, y que había llegado la víspera a la cabeza del Regimiento de los Rifles, le habló de sus anteriores campañas, y le preguntó si en los llanos de Jauja (donde se esperaba tener dentro de breves días un encuentro con los españoles) podría su bizarro regimiento mantener la gloria que había adquirido en tantas y tan reñidas batallas.

El coronel, que era tan notado por su modestia como por su intrepidez, se sonrojó al responder en la afirmativa.

El Libertador entonces dirigiéndose a la compañía relató una porción de brillantes hazañas ejecutadas por el Regimiento y por individuos que servían en él. Del coronel Sands y los Rifles, pasó con una gracia que le era peculiar, a hacer el elogio de otros Regimientos y divisiones del ejército colombiano en que algunos de los oficiales presentes habían adquirido reputación.

Dijo que ni en la historia antigua ni en la moderna podían hallarse ejemplos más brillantes de patriótico denuedo ni de heroísmo individual, que los que presentaban los anales de la revolución de Colombia. En confirmación de ello siguió contando con clara prolijidad la noble conducta de algunos de los mártires de la libertad, a quienes había conocido personalmente, o cuyos esfuerzos estuvieron en consonancia con los suyos en la gran lucha de la emancipación. Lo que me sorprendió so-

bremanera, fue el oír las comparaciones que hizo, cuando pasó de Colombia a hablar del Perú. Condenó a los peruanos en términos generales: dijo que eran unos cobardes, y que como pueblo no poseían una sola virtud varonil. En suma, sus denuestos fueron ásperos y sin reserva. A mí desde luego me pareció, que aunque fuesen justas sus observaciones, eran impolíticas, extemporáneas, y capaces de perjudicarle seriamente en el afecto de las gentes de aquel país, al paso que era imposible que en ningún caso produjesen provecho alguno. Luego me dijeron que siempre solía hablar así de los peruanos, y a esto creo que debe con razón atribuirse el que aquellos habitantes no mostrasen mayor gratitud hacia los colombianos por el fraternal socorro que les dieron para arrojar a los españoles de su país. La comida se sirvió según la costumbre española, en diferentes entradas, y así es que se cubrió la mesa lo menos siete u ocho ocasiones.

El Libertador comió con ganas, y creo que le hubieron de mudar plato una docena de veces en la comida. También bebió francamente del vino, y animaba a los comensales a hacer lo mismo. Echó varios brindis, algunos de los cuales se recibieron con aclamación. Entre los que propuso para cumplimentar a mi patria, uno fue a la memoria de Washington, con cuyo motivo bebimos nuestras copas levantados en pie: y otro fue el siguiente que escrito de su propio puño antes de salir de Huaras conseguí de su secretario, y decía así: «Por el nuevo presidente de los Estados Unidos el señor Clay, el más liberal y amigo de la América independiente. El Comodoro Hull que tan noblemente se maneja en el mar Pacífico, y tanto se acuerda con el Comodoro Brown en la defensa de la Ley de las naciones con respecto a los derechos marítimos».

Ya se debe suponer que yo no podría oír tantos cumplidos y tantas expresiones de afecto a mi nación sin un deseo vehementemente de retornar mis obsequios. Habiéndoseme pues presen-



tado la oportunidad, la abracé con mucho gusto; y desempeñé mi deber en los términos que me parecieron estar a la sazón en armonía con los deseos generales, brindando «por el buen suceso del ejército libertador del Perú y del *Washington del Sur*: que la gloria no los desampare nunca»; cuya expresión fue recibida con altos y repetidos vivas.

En medio de la comida se encaró a mí el Libertador diciendo: «Mis enemigos me calumnian muchísimo, y entre otras falsedades dicen que yo uso cubiertos de oro —y enseñándome el cuchillo que estaba usando a la sazón, que era bien ordinario y estaba bastante desgastado, añadió sonriéndose— ¿tiene esto traza de oro? Dicen que quiero fundar un imperio en el Perú o agregar el Perú a Colombia, para establecer un gobierno absoluto poniéndome yo a la cabeza, pero todo es falso y me hacen un grande agravio. Si el corazón no me engaña (esto lo dijo llevando la mano al pecho) más bien seguiré los pasos de Washington y preferiré tener una muerte como la suya, que ser monarca de toda la tierra, y esto lo saben bien todos los que me conocen. Mi única ambición es la gloria de Colombia y ver a mi patria colocada en la línea de las naciones ilustradas».

Sin tener la presunción de que mi parecer sea de mucho peso para con aquéllos que han formado su opinión sobre las deducciones sacadas del último desgraciado período de la vida del general Bolívar, me creo sin embargo con derecho a alcanzar la gracia de que se me disimule esta digresión para expresar mi firme creencia de que no sólo hablaba entonces con sinceridad, sino que nada de cuanto se ha traslucido después acá da margen a variar el concepto que desde un principio formé de que era apasionado a un gobierno liberal; y no debe dudarse que ha sido altamente calumniado por ciertos jefes que tenían en ello miras particulares. Las circunstancias en que se halló este gran hombre fueron las más difíciles, y para juzgar con

acierto de sus intenciones, es preciso hacerse cargo del estado físico, moral y político de aquel vastísimo país. Su admirable ingenio, fecundo en recursos, su firmeza en las empresas, su constancia en las fatigas, su fortaleza en los reveses, su penetración en los negocios y su providente cuidado en todas las cosas, pudieron hacer balancear la victoria hacia su lado y en contra de sus obstinadísimos enemigos exteriores, ciñéndole de los inmarcesibles laureles con que pudiera honrarse la primera nación del mundo; pero aunque esta obra es gigantesca y eminentemente gloriosa, restábale, después de concluida, emprender otra, que por su complicada naturaleza no sólo está fuera del alcance de ningún mortal el consumarla por ser la vida del hombre muy corta al efecto, sino que sólo podrá ser el resultado de los esfuerzos reunidos de muchas generaciones y de grandes vaivenes. El hombre puede registrar las entrañas de la tierra, puede hacer rendir abundantes cosechas donde sólo brotaban espinas y abrojos, puede allanar las montañas más elevadas, mudar la dirección de los ríos más caudalosos y hacer retirar los mares; puede escudriñar los cielos, burlarse de las tempestades y encadenar los rayos, pero al hombre no le es dado el transformar de repente la naturaleza de un pueblo, ni infundirle como por encanto costumbres opuestas a aquéllas con que ha estado nutrido por algunos siglos. Esta metamorfosis debe de ser precisamente muy lenta y por grados casi imperceptibles, para que no se vean frustrados los conatos de la verdadera filantropía. Contémplese pues un país de la inmensa extensión que tiene la América que fue española, su prodigiosa feracidad, e inagotables riquezas, poblado o dominado por una nación con resabios de costumbres orientales y caballerescas, y bajo un gobierno que por querer ser demasiado tutelar y mandarlo todo, pocas veces era bien obedecido: que en proporción de lo mucho que abarcaba, era menos su energía; y cuya inercia



de acuerdo con el clima causó la de los individuos, quienes en medio de la abundancia contrajeron hábitos más propios para gozar que para adquirir; contémplese digo aquel pueblo compuesto de diferentes razas con pretensiones de superioridad las unas respecto de las otras, y éstas divididas en clases con intereses diametralmente opuestos, muchos de ellos ligados a los añejos abusos. Reflexiónese detenidamente sobre el influjo que tiene en el hombre la religión, y cuando se haya meditado que sólo una y exclusiva era la que seguían todos los habitantes de aquellas regiones, se podrá venir en conocimiento de la ascendencia que debía ejercer en el corazón de sus feligreses un clero rico y numeroso, y el gran poder que debían tener en la dirección de los negocios públicos, los que dominaban las conciencias de todas las clases. Considérense ahora los grandes trastornos que causó en las gentes una revolución de aquella especie en medio de una guerra tan larga y desoladora, el aniquilamiento de los caudales, la muerte o destierro de tantas familias ligadas a aquel suelo por los lazos del interés, de la sangre, de la amistad y del amor; el descontento que traen consigo semejantes acontecimientos, luego el desorden que acarrear los sacudimientos políticos en todos los ramos de la administración pública, y las muchas y nuevas necesidades a que hay que atender. Agréguese a esto un numeroso ejército envanecido con la victoria, menospreciando al pueblo que ha desmoralizado con su ejemplo, y reclamando para sí todo el loor, gloria y provecho del triunfo; tantos generales y oficiales aspirando a los primeros empleos y a las propiedades de los que habían tenido la desgracia de no seguir su sistema, y celosos entre sí sobre quién se cogía la mejor presa. En fin recapacítense sobre todo esto, junto con la fuerza repulsiva que deben producir los arraigados hábitos de aquel pueblo bajo una monarquía absoluta por el espacio de tres siglos, y al ver que éstos eran los

elementos de que podía disponer el general Bolívar para establecer una república libre, se convendrá en que era más fácil morir en la demanda que consumir la obra.

En el discurso de la conversación se trató del ejército español del Alto Perú, y el Libertador abrazando toda ocasión de inspirar confianza a sus oficiales, habló de los españoles en los términos más bajos de escarnio y desprecio, expresando en el hilo de sus observaciones que «un colombiano era igual a dos o tres españoles en el campo de batalla». Un edecán dijo que se había detenido más en la mesa aquel día que lo de costumbre. Él continuó en su vivo y picante discurso con todo el entusiasmo y energía con que había comenzado. Siendo ya entrada la noche, guardó silencio, se levantó de la silla y se retiraron los oficiales. Al despedirnos nos dijo a Mr. H. y a mí, que no faltásemos al almuerzo, y nos dio las buenas noches.

A la mañana siguiente temprano íbamos a casa del Libertador, y apenas nos vio en la plazuela de la entrada, cuando nos salió a recibir a la puerta, y dándome la mano me dijo que se alegraba de que hubiéramos sido más puntuales que el día anterior. Se quejó de estar algo indispuesto y habló poco al almuerzo, aunque estuvo sumamente atento y cortés en la mesa con sus oficiales. A la comida no asistió, y los oficiales de su servidumbre no estuvieron sentados mucho tiempo después que quitaron los manteles.

Yo pasé la tarde con el general Miller y el general Necochea hijo de Buenos Aires y comandante de la caballería del ejército combinado. En compañía de ellos fui a ver al general O'Higgins, expresidente de Chile y comandante nombrado de una división del ejército. Un mapa del país se tendió sobre una mesa grande que tenían delante, y se discutió el plan de operaciones. Evidentemente se acercaba la crisis en que debía decidirse de la suerte de uno de los ejércitos, y era tanto más interesante, cuanto que



por la calidad del terreno y el estado de los caminos era imposible que se escapasen los vencidos.

La mañana siguiente volvimos a almorzar con el Libertador. Luego que nos vio en el patio salió a la puerta que daba a él a recibirnos. Nos dio la mano, dijo que estaba mejor, y me invitó a mí a sentarme en su despacho. En el extremo del cuarto estaba un altar con velas encendidas como suele haber en las casas de los católicos. Apuntando hacia él, dijo: «Supongo que V. no va a misa». Yo le respondí que aunque no era católico, algunas veces la oía estando en países católicos. «¿Cual es su religión de V.?», me dijo. Yo le respondí que la protestante. Entonces continuó: «La religión depende en gran manera de la moda». Yo le pregunté luego, si era tolerada en Colombia la religión protestante. «Cuando se formó la Constitución de Colombia —respondió— conociendo que no sería admitida la tolerancia de ninguna otra religión más que la católica, puse yo cuidado en que no se dijese nada sobre religión, de manera que como no hay una cláusula que prescriba la forma de culto, los extranjeros adoran a Dios como les parece. El pueblo de Colombia no se halla preparado todavía para ningún cambio en materia de religión. Los sacerdotes tienen una gran influencia con las gentes ignorantes. La libertad de religión debe ser consecuencia de las instituciones libres y de un sistema de educación general. Yo he hecho establecer el sistema lancasteriano en toda Colombia, y eso sólo hará a la generación venidera muy superior a la presente».

En esto iba, cuando fue interrumpido por tres religiosos que habían venido a cumplimentarle: él los recibió cortésmente, y estuvieron conversando juntos por algún tiempo. Cuando se retiraron, los siguió hasta la puerta, y volviendo hacia su asiento me dijo: «Estos frailes son mas feos que los diablos». Yo le pregunté si los sacerdotes eran adictos a la revolución, y me contestó, que a los hijos del país les gustaba, pero que los nacidos en

España eran enemigos de ella. Aunque su poder se había disminuido mucho, y se iba minorando cada día más, todavía dijo que tenían mucho influjo. «Ningún español —añadió— es amigo de la Independencia; ellos aparentan favorecer la causa de los patriotas mientras están en nuestro poder pero en el momento que pueden ayudar a los realistas, lo hacen así. Sus costumbres, sus maneras, sus sentimientos, sus principios y sus intereses están en oposición. Ellos vienen aquí trayendo todos los vicios de la servidumbre a que están acostumbrados, y han comunicado sus vicios a la gente del país: además de que sus relaciones están demasiado ligadas con las de la metrópoli para que ellos sean adictos a la Independencia. Este país —prosiguió—, no puede prosperar en los primeros cien años; es menester que pasen primero dos o tres generaciones. Se debe fomentar la emigración de las gentes de Europa y de la América del Norte, para que se establezcan aquí trayendo sus artes y sus ciencias. Estas ventajas, un gobierno independiente, escuelas gratuitas y los matrimonios con europeos y anglo-americanos cambiarían todo el carácter del pueblo y le harían ilustrado y próspero».

Yo no tenía conocimiento de la Constitución de Colombia, y así le pregunté al Libertador si era como la de los Estados Unidos, quien me respondió que se diferenciaba en gran manera. «El gobierno de ustedes —dijo— no puede durar: el ejecutivo no tiene poder bastante, y los Estados tienen demasiado. Disensiones y desunión debe de ser por último el resultado, lo que es muy de sentirse. Con un gobierno más fuerte sería su nación en cincuenta años la más poderosa del mundo. Su comercio debería ser muy vasto, los paisanos de V. son valientes y emprendedores, ustedes tienen buenos puertos, abundancia de maderas de construcción y hierro, y con el tiempo superarán a los ingleses en la mar. Toda la Europa vendrá a ser libre embebiendo los principios de América y viendo los efectos de la libertad en la prosperi-



dad de los pueblos; y el mundo civilizado en menos de cien años será gobernado por la filosofía, y no existirán los reyes. El pueblo conocerá su poder y las ventajas de la libertad». ¡Pudiera aspirar a la corona un hombre de estos principios!

Yo me tomé la libertad de decirle en una pausa que hizo: «No hay uno entre mis paisanos que no sienta un vivo interés en los eventos de la vida de V.E. Permítame V.E. que le pregunte: ¿qué cosa fue la que primero le indujo a emprender la revolución de Colombia?». «Desde mi niñez —me respondió— no pensaba en otra cosa: yo estaba encantado con las historias de Grecia y Roma. La revolución de los Estados Unidos era de fecha reciente, y presentaba un ejemplo. El carácter de Washington infundió en mi pecho la emulación. Los españoles que ocupaban los destinos en Colombia en tiempo del rey no sólo eran tiranos sino que estaban encenagados en los vicios más brutales. En 1803 fui a Francia con otros dos compañeros (mencionó sus nombres) y estábamos en París cuando la coronación de Napoleón: todo era regocijo en la ciudad; pero nosotros no salimos del cuarto, y hasta cerramos las ventanas. De Francia pasamos a Roma: en Roma ascendimos al monte Palatino, allí nos arrodillamos todos tres y abrazándonos uno a otro juramos libertar a nuestra patria o morir en la demanda. Uno de mis compañeros volvió conmigo a nuestra patria y pereció en el campo de batalla: el otro nunca volvió, ni sé qué ha sido de su suerte».

Él dijo que había sido echado tres veces de Colombia, después de haber sido dispersados o muertos los amigos que había reunido; pero que sus amigos se le habían vuelto a incorporar; que tornó a la palestra, perseveró y por último había el triunfo coronado sus esfuerzos. Él describió el carácter de los jefes españoles que mandaron en Colombia en diferentes períodos, y dijo que todos eran crueles, pero particularmente uno de ellos llamado Boves lo era en extremo. «Aseguro a V. —añadió— que era

peor que un tigre: tomando una plaza ocupada por los patriotas, pasaba bárbaramente a cuchillo a hombres, mujeres y niños sin distinción. Ningún hombre civilizado —prosiguió— podrá concebir la barbarie de estos jefes españoles: en las guerras de Colombia han matado por lo menos quinientas mil personas».

En la conversación ordinaria el semblante de Bolívar presentaba un aire melancólico, y apenas levantaba los ojos del suelo; pero si trataba algún asunto que le interesaba mucho, entonces adquiría mucha vivacidad, miraba cara a cara al que le escuchaba atento, y en cada gesticulación se veía expresada un alma encendida de vivas pasiones. Él era bien parecido tanto de semblante como de persona. Su estatura, aunque no alta, tampoco era pequeña, tenía la tez trigueña, aunque tal vez lo estaba más de lo que realmente era, por estar continuamente expuesto a las faenas e intemperies de una vida militar en un clima cálido. Sus ojos tenían una expresión que creo no puede pintarse ni con el pincel ni con la pluma. El color de ellos era castaño oscuro. Todo en él era grande e infundía respeto y admiración.

A las 11 nos llamaron a almorzar con mucha pena mía: luego que nos levantamos de la mesa y me despedí del Libertador, su secretario me entregó la respuesta a los despachos de mi comandante, y habiendo mandado S.E. poner a mi disposición cinco mulas buenas, y dándome un pasaporte en términos casi tan fuertes como el del gobernador de Huacho, tomé mi camino, después de haber dicho un tierno adiós a don Manuel y a los oficiales del ejército con quienes tuve el gusto de tratarme.

Daniel F. O'Leary

1801 - 1854





MUY CORTA FUE LA estancia del Libertador en Bogotá, de donde salió el 20 de marzo para Cúcuta, por ser su presencia allí más necesaria. Los cuerpos del ejército estacionados en esa frontera al mando del general Urdaneta, estaban en perfecto estado de disciplina. Al llegar al Rosario de Cúcuta destacó al coronel Lara con una columna compuesta del batallón Rifles y de un escuadrón de caballería a ocupar el Valle de Upar para hacer una diversión en favor de la expedición del coronel Montilla que había ocupado a Riohacha sin oposición el 12 de marzo, a los siete días de haber salido de Margarita; pero como no recibiese Montilla noticias del general Urdaneta, quien según el plan de campaña debía haber atacado a Maracaibo, fortificó la ciudad y marchó al interior, donde el coronel realista Sánchez Lima había allegado una fuerza superior con la que le salió al encuentro y le obligó a contramarchar.

Sánchez Lima le atacó enseguida el 20 de mayo y fue rechazado; pero sorprendido luego por Montilla en Laguna Salada el 25 quedó completamente derrotado. A nada condujeron estos triunfos a causa de la insubordinación de una parte de la legión irlandesa, cuya conducta fue tanto más de sentirse

cuanto que impidió la reunión de Montilla con la columna de Lara, quien después de vencer obstáculos de todo género, había logrado penetrar en el Valle de Upar. Montilla se vio obligado en consecuencia a evacuar a Riohacha el 5 de junio, después de licenciar a los irlandeses insubordinados. Lara con su columna continuó las operaciones en Valle de Upar y se abrió paso hasta Chiriguaná. Entre tanto el coronel Córdoba logró algunas ventajas en el Alto Magdalena, y ocupó a Mompo, el 22 de junio, y enseguida las importantes posiciones de Tenerife y Barranca. Montilla, con el resto de la legión irlandesa y los otros cuerpos de su mando, salió de Riohacha con rumbo a las bocas del Magdalena, y desembarcando en Sabanilla siguió orillando el río hasta Soledad, donde se le reunió el coronel Córdoba. Dio allí breve respiro a sus tropas, avanzó luego al interior de la provincia de Cartagena y forzó al enemigo a encerrarse dentro de las murallas de su capital.

Mientras esto sucedía, hallábase el Libertador en Cúcuta, si no desocupado sí gozando de algún reposo, y era el primero que se permitía desde hacía muchos años. Algunos pormenores de la vida que allí llevaba y de la manera como distribuía su tiempo, acaso no carezcan de interés para el lector. Se levantaba a las seis de la mañana, se vestía y empleaba en el tocador apenas el tiempo necesario para el aseo de su persona. De su cuarto de dormir, que le servía también de escritorio, pasaba a las caballerizas a ver los caballos, que hacía cuidar con esmero. Vuelto a su cuarto leía hasta las nueve, hora en que se servía el almuerzo. Acabado éste recibía los informes del ministro de la guerra, de su secretario privado y del jefe de Estado Mayor; oíalos paseándose en el cuarto o sentado en la hamaca, de la que se levantaba repentinamente cada vez que alguno de aquellos informes le causaba sorpresa o llamaba su atención; hacía que le leyeran enseguida los despachos y memoriales que se le



dirigían y dictaba luego al punto su respuesta, por lo general concisa y siempre pertinente. Como conocía a todos los oficiales del ejército y a los paisanos, sus vicios y defectos y también sus servicios, le era fácil resolver sus peticiones sin perder mucho tiempo. El secretario generalmente comenzaba nombrando al postulante, y si el Libertador tenía alguna duda preguntaba si era tal o cual persona la que a él se dirigía, pero las más veces era innecesaria la pregunta, y entonces decía: «Ah, ya sé, solicita un ascenso, pero lea Ud.». Después de oír la petición solía añadir: «Bien, la mitad de lo que dice no es exacto; pero es buen oficial, concédasele». O bien: «No, ése de nada sirve». El secretario entonces pasaba a otro memorial, y con un sí o un no quedaba resuelto el punto. Sus decisiones eran a veces excéntricas: citaré entre otras las siguientes que me dictó a mí. Una señora, de edad algo avanzada, se casó con un oficial inglés; durante la vida de éste, había dirigido ella varias representaciones al Libertador, que las concedía por consideración al marido, pues aunque lo pedido no se oponía a la justicia, la concesión era materia de gracia. El oficial murió; pero la señora, que era en extremo avara, quiso seguir empleando el sistema que tan buenos resultados le había dado. A su primer memorial el Libertador me dictó esta contestación: «Negado; ya murió el niño por quien éramos compadres». Un general granadino muy amigo suyo le pidió el pago de sus sueldos atrasados, alegando el buen estado del tesoro y la posibilidad de pagar la deuda, después de la emancipación de la Nueva Granada. La respuesta fue: «No hay fondos con que remediar las necesidades de los que han libertado la Nueva Granada, mucho menos los hay para cubrir los sueldos atrasados de los que la dejaron esclavizar». El oficial citado tenía alto rango en el ejército el año de 1815. Un cura cuyas opiniones habían sido siempre hostiles a la causa de la Independencia, solicitó cierto favor. «Pídaselo al rey», fue la respuesta. Cierta médico, que se

aprovechó de la anarquía en que quedó Bogotá entre la fuga de Sámano y la llegada de Bolívar, para saquear algunos almacenes, solicitó el nombramiento de médico en el Estado Mayor, con el rango de teniente coronel. «Conténtese Ud. con lo que ha robado», se escribió al margen de su petición.

El despacho de los asuntos oficiales ocupaba por lo regular tres horas, al cabo de las cuales concluía dando instrucciones a su secretario privado, para que contestase las cartas que no eran de mucho interés. Luego llamaba a un edecán de su confianza y le dictaba las de mayor importancia, siempre paseándose o reclinándose en la hamaca, con un libro en la mano, que leía mientras el amanuense escribía la frase. Expresaba sus pensamientos con gran rapidez. Cualquiera equivocación o duda de parte del escribiente le causaba impaciencia. Algunas de sus cartas, que conservo en mi poder, contienen quejas contra el individuo que las escribía. «Querría decir mucho más, pero Martel está hoy más estúpido que nunca, si es posible». En otra dice: «No tengo quién escriba por mí, y yo mismo no puedo hacerlo. Cada tercer día tengo que buscar un nuevo amanuense y sufrir una cólera con cada cambio. En ocasiones me veo tentado a publicar mis padecimientos en la gaceta, para que se sepa la causa de mi silencio». Concluido este trabajo leía hasta las cinco de la tarde, hora de la comida. Su mesa en aquel tiempo era muy frugal, sopa, carne asada o cocida, aves y legumbres sencillamente preparadas, constituían la parte esencial de la comida, que terminaba con algún dulce. Agua era su única bebida. Mas no era esta sencillez obra de la voluntad, tanto como de la necesidad, porque cuando el mercado lo permitía, no faltaban ricas viandas y generosos vinos en su mesa.

Manuel Antonio
López

1802 - 1891





COMO ESTOY PERSUADIDO DE que muchas personas no deben tener conocimiento de algunos incidentes ocurridos al Libertador, no pasaré en silencio uno sucedido en Huamachuco. En esta ciudad se hizo indispensable establecer una maestranza para construir clavos de buen hierro, y volver a herrar la caballería, que había perdido las herraduras al atravesar la cordillera por la mala calidad de aquéllos. El Libertador encargó de este trabajo a un sargento mayor, hijo de Chile (cuyo nombre no recuerdo), que se hallaba sin destino y que buscándolo había venido al cuartel general. Apenas hacía dos días que se ocupaba en este oficio, cuando recibe el Libertador avisos confidenciales de que un jefe del ejército estaba encargado por los enemigos de asesinarle, por cuyo hecho le habían ofrecido una gran recompensa, y él se había comprometido a ello; y aunque no le decían al Libertador quién era este jefe, ni su nombre, le acompañaban su filiación. El Libertador se hallaba solo en su cuarto leyendo y repasando las señales de la filiación que tenía a la vista, cuando con su infalible golpe de ojo reuniendo mentalmente el conjunto de facciones descritas en la filiación, se le representa el retrato del sargento mayor que hacía dos días había encargado de la

maestranza; sale luego de su pieza, llama a un ordenanza y hace venir inmediatamente al mayor. Cuando éste entró, el Libertador conservaba en la mano el papel que contenía el denuncia; lo hizo sentar, y paseándose en la sala y haciéndole conversación, tuvo tiempo de comparar más atentamente las señales del jefe con las de la filiación, y quedó íntimamente convencido de que era él la persona que le denunciaban. El Libertador continuó tratándolo con tanta bondad y dulzura, que pocas veces se mostraría más afectuoso ni sereno con otra persona, y después de un largo rato de conversación, observando con cuidado los movimientos del sargento mayor, concluyó diciéndole: «Los jefes y oficiales que se unen conmigo, y que generalmente corresponden a mis esperanzas, siempre son colocados dignamente: usted irá de comandante de armas a un buen pueblo: ocurra luego al Estado Mayor a recibir órdenes».

El sargento mayor salió muy satisfecho, al parecer, de esta prueba de aprecio que acababa de recibir, y cuando había vuelto las espaldas, y yo entraba en la sala, me dijo el Libertador: «Pocas veces he visto un asesino tan bien retratado. ¿No le parece a usted que ésta es la filiación de ese hombre que acaba de salir?» (enseñándome el papel que la contenía). Luego me refirió todas las circunstancias que acabo de exponer, y me ordenó que fuese a hacerme cargo de la maestranza, saliendo el mayor al día siguiente para su nuevo destino, alejándolo de este modo de su persona. No lo volví a ver en el ejército.

Joaquín Mosquera

1787 - 1877





BOGOTÁ, 2 DE AGOSTO DE 1854

Sr. José Manuel Restrepo

Mi apreciado amigo:

Para corresponder al deseo de V. de darle por escrito la relación de mi entrevista con el Libertador en Pativilca, en el mes de enero de 1824, repetiré a V. en esta carta, lo que dije a V. verbalmente.

Ya había terminado yo en Lima mis funciones de enviado colombiano cerca del Gobierno del Perú, en octubre de 1823, hallándose el Libertador en Huaras: y como V. recordará, corría entonces mucho riesgo Lima de ser ocupada por los españoles. Resolví, pues, regresar a mi patria, a dar cuenta de mi legación al Gobierno de Colombia, y le escribí al Libertador anunciándole mi partida, y pidiéndole las órdenes que debería comunicarme. Me contestó que deseaba hablar conmigo para instruirme de cuanto convenía informar al general Santander, como encargado del poder ejecutivo, y que, si urgía mi partida, fuese a tratar con él en Trujillo, y si no había urgencia, lo esperase en Lima, a donde debía regresar dentro de dos meses. Yo fui a Trujillo por mar, y cuando llegué a esa ciudad, hacía cuatro días que el Li-

bertador había partido de allí con destino a Lima. Me embarqué nuevamente en Huanchaco en la fragata francesa la *Vigie* para volver a Lima, aunque temiendo ser apresado por algún corsario español. El capitán de la fragata, Telemaque Guillen, arribó a Supe para adquirir noticias de los corsarios que solían aparecer a la recalada del Callao. Yo me desembarqué con él en el bote pequeño, y hablando en la playa con un francés que aseguraba que no se había visto corsario ninguno, y que podíamos continuar nuestra navegación, vino directamente a mí un indio desconocido, y en su lenguaje rústico me informó que el Libertador estaba enfermo de muerte en Pativilca, de un tabardillo que le había causado los soles de los arenales de aquellas costas, al regresar de Trujillo. Por el examen que hice al indio de sus noticias, me persuadí que era cierta la enfermedad del Libertador, y le pedí al capitán que me enviase el equipaje para irme a buscarlo. Tal resolución me libró de caer en manos del corsario español general Quintanilla, que apresó la fragata *Vigie* luego que salió de Supe.

Seguí por tierra a Pativilca y encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte del tabardillo que había hecho crisis; pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto una muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de baqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones que me dejaban ver sus dos rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no largar mis lágrimas y no dejarle conocer mi pena y mi cuidado por su vida.

V. recordará que en aquella época aciaga, el ejército peruano, fuerte de seis mil hombres a las órdenes de Santa Cruz, se había disipado sin batirse, huyendo de los españoles desde Oruro al Desaguadero; que el ejército auxiliar de Chile, por celos con nosotros los colombianos, nos había abandonado regresan-



do a su país; que los argentinos entregaron a los españoles los castillos del Callao y que no quedaba más fuerza sosteniendo en el Perú la causa de la Independencia que unos cuatro mil colombianos situados de Cajamarca a Santa a las órdenes del general Sucre, y como tres mil peruanos que se organizaban y disciplinaban en el departamento de Trujillo. La fuerza de los españoles en el Alto y Bajo Perú ascendía a 22.000 hombres. Los peruanos divididos en partidos políticos y personales tenían anarquizado el país. Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del Héroe medio muerto: y con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté: ¿Y qué piensa hacer V. ahora?

Entonces, avivando sus ojos huecos, y con tono decidido, me contestó:

¡TRIUNFAR!

Esta respuesta inesperada produjo en mi alma sorpresa, admiración y esperanzas, porque vi que aunque el cuerpo del héroe estaba casi aniquilado, su alma conservaba todo el vigor y elevación que lo hacían tan superior en los grandes peligros. Recordé entonces aquellas notables palabras que dijo a Sucre en Lima, cuando Rivagüero levantó el estandarte de la guerra civil: «V. es el hombre de la guerra, y yo soy el hombre de las dificultades».

En seguida, le hice esta otra pregunta: ¿y qué va a hacer V. para triunfar? Entonces, con un tono sereno y de confianza me dijo lo siguiente: «Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en el departamento de Trujillo: he mandado fabricar herraduras en Cuenca, en Guayaquil y Trujillo: he ordenado tomar para el servicio militar todos los caballos buenos del país: y he embargado todos los alfalfales para mantenerlos gordos. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera a buscarme, infaliblemente los

derroto con la caballería: si no bajan, dentro de tres meses tendré una fuerza para atacar. Subiré la cordillera y derrotaré a los españoles que están en Jauja».

Yo permanecí tres días en Pativilca, mientras hizo escribir muchas cartas para la Nueva Granada y Venezuela, las que traje. El día de mi partida montó en una mula muy mansa que tenía y salió a dejarme a la entrada del desierto de Huarmeí para hacer un poco de ejercicio. Como mi equipaje se había atravesado, suspendí allí mi marcha, y el Libertador que estaba muy débil, se apeó y acostó sobre un capote de barragán, y su edecán Julián Santamaría permaneció de pie oyéndonos conversar sobre la situación triste del Perú que me encargaba describir a Santander. Según V. sabe, para atravesar este desierto de arena se prefiere la noche: eran, pues, las seis de la tarde, y el sol entraba y salía en el Pacífico, y me daba no sé qué idea triste que era el sol del Perú que se despedía de nosotros. El silencio majestuoso del Océano, la vista del desierto que iba yo a atravesar, la soledad de aquella costa, y el aullido de los lobos marinos oprimían mi espíritu, al dejar a mis compatriotas en una empresa tan ardua en que arriesgábamos al héroe y a nuestro ejército. Al llegar mi equipaje me dijo el Libertador, tendido todavía en el suelo:

«Diga V. allá a nuestros compatriotas cómo me deja V. moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear a brazo partido para conquistar la Independencia del Perú y la seguridad de Colombia».

Entonces levantándose me dio un abrazo: Santamaría me dio otro, y nos despedimos sin hablar palabra, como si hiciésemos esfuerzos para no expresar nuestra aflicción y nuestro cuidado por la suerte de la patria. Omitiendo referir lo que me pasó en mi viaje, que después de mi llegada a Bogotá, supe como cumplió el Libertador su pronóstico, subiendo la cordillera y derrotando a los españoles en Junín.



¡Qué contrastes tan tristes el de los recuerdos de la heroica Colombia, con las miserias del día!... Al leer esta carta se hallará V. conmovido considerando lo que fuimos en esa época gloriosa y lo que somos hoy (más), como sucede a su afectísimo compatriota y cordial amigo,

JOAQUÍN MOSQUERA

Manuela Sáenz

1797 - 1856





SEÑOR GENERAL DANIEL F. O'LEARY,
encargado de negocios de S.M.B.

Me pide usted le diga lo que presencié el 25 de septiembre del año de 1828 en la casa de gobierno de Bogotá. A más quiero decirle lo que ocurrió días antes.

Una noche estando yo en dicha casa, me llamó una criada mía diciéndome que una señora con suma precisión me llamaba en la puerta de la calle; salí, dejando al Libertador en cama, algo resfriado. Esta señora, que aún existe, y me llamaba, me dijo que tenía que hacerme ciertas revelaciones nacidas del afecto al Libertador, pero que en recompensa exigía que no sonara su nombre. Yo la hice entrar, la dejé en el comedor y lo indiqué al general. Él me dijo que estando enfermo no podía salir a recibirla ni podía hacerla entrar a su cuarto, y que además ella no era lo que pretendía. Le di a la señora estas disculpas; la señora me dijo entonces que había una conspiración, nada menos que contra la vida del Libertador, que había muchas tentativas y que sólo la dilataban hasta encontrar un tiro certero; que los conjurados se reunían en varias partes, una de ellas en la casa de moneda; que

el jefe de esta maquinación era el general Santander, aunque no asistía a las reuniones, y sólo sabía el estado de las cosas por sus agentes, pero que él era el jefe de obra; que el general Córdoba sabía algo pero no el todo, pues sus amigos lo iban reduciendo poco a poco. En fin, la señora me dijo tanto, que ni recuerdo.

El Libertador apenas oyó nombrar al general Córdoba, se exaltó, llamó al edecán de servicio y le dijo: «Fergusson, vaya usted a oír a esa señora». Éste volvió diciéndole lo que yo le había dicho y con más precisión que yo. El general dijo: «Dígale usted a esa mujer que se vaya y que es una infamia tomar el nombre de un general valiente como el general Córdoba». El señor Fergusson no fue tan brusco en su respuesta, pero la cosa quedó en ese estado. Vino entonces don Pepe París y le dijo el general todo. Ese señor contestó: «Esas buenas gentes tienen por usted una decisión que todo les parece una conspiración, pero usted hable con ella mañana», le dijo el general. No supe más de esto, pero en muy pocos días fue el acontecimiento que voy a contar.

El 25 a las seis de la tarde me mandó llamar el Libertador; contesté que estaba con dolor a la cara; repitió otro recado diciendo que mi enfermedad era menos grave que la suya y que fuese a verlo; como las calles estaban mojadas, me puse sobre mis zapatos, zapatos dobles (éstos le sirvieron en la huida porque las botas las habían sacado para limpiar). Cuando entré estaba en baño tibio. Me dijo que iba a haber una revolución. Le dije: «Puede haber, enhorabuena, hasta diez, pues usted da muy buena acogida a los avisos». «No tengas cuidado, me dijo, ya no habrá nada». Me hizo que le leyera durante el baño; desde que se acostó se durmió profundamente, sin más precaución que su espada y pistolas; sin más guardia que la de costumbre, sin prevenir al oficial de guardia ni a nadie, contento con que el jefe de Estado Mayor, o no sé lo que era, le había dicho que no tuviese cuidado, que él respondía (éste era el señor coronel



Guerra, el mismo que dicen dio para esa noche santo, seña y contraseña, y a más, al otro día andaba prendiendo a todos hasta que no sé quién lo denunció).

Serían las doce de la noche cuando latieron mucho dos perros del Libertador y a más se oyó algún ruido extraño que debe haber sido al chocar con los centinelas, pero sin armas de fuego por evitar ruido. Desperté al Libertador y lo primero que hizo fue tomar su espada y una pistola y tratar de abrir la puerta; lo contuve y le hice vestir, lo que verificó con mucha serenidad y prontitud. Me dijo: «¡Bravo!, vaya; pues, ya estoy vestido, ¿y ahora qué hacemos?, ¿hacernos fuertes?» Volvió a querer abrir la puerta y lo detuve. Entonces me ocurrió lo que le había oído al mismo general un día. «¿Usted no dijo a Pepe París que esa ventana era muy buena para un lance de éstos?». «Dices bien», me dijo, y fue a la ventana; yo impedí el que se botase porque pasaban gentes, pero lo verificó cuando no hubo gente, y porque ya estaban forzando la puerta.

Yo fui a encontrarme con ellos para darle tiempo a que se fuese, pero no tuve tiempo para verle saltar ni para cerrar la ventana. Desde que me vieron me agarraron y me preguntaron: «¿Dónde está Bolívar?». Les dije que en el consejo, que fue lo primero que se me ocurrió; registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda, y viendo la ventana abierta, exclamaron: «¡Huyó! ¡Se ha salvado!». Yo les decía: «No señores, no ha huido; está en el consejo». «¿Y por qué está abierta esa ventana?». «Yo la acabo de abrir porque deseaba saber qué ruido había». Unos me creían y otros no; pasaron al otro cuarto, tocaron la cama caliente, y más se desconsolaron por más que yo les decía que yo estuve acostada en ella esperando que saliese del consejo para darle un baño; me llevaban a que les enseñase el consejo (pues usted sabe que siendo esa casa nueva no conocían cómo estaba repartida, y el que quedó a entrar a enseñarles se

acobardó, según se supo después). Yo les dije que sabía que había esa reunión que la llamaban consejo, a la que asistía todas las noches el Libertador, pero que yo no conocía el lugar.

Con esto se enfadaron mucho y me llevaron con ellos hasta que encontré a Ibarra herido; y él desde que me vio me dijo: «¿Conque han muerto al Libertador?». «No, Ibarra, el Libertador vive». Conozco que ambos estuvimos imprudentes; me puse a vendarlo con un pañuelo de mi cara. Entonces Zulaibar me tomó por la mano a hacerme nuevas preguntas; no adelantando nada, me condujeron a las piezas de donde me habían sacado, y yo me llevé al herido y lo puse en la cama del general. Dejaron centinelas en las puertas y ventanas y se fueron.

Al oír pasos de botas herradas me asomé a la ventana y vi pasar al coronel Fergusson, que venía a la carrera de la casa donde estaba curándose de la garganta; me vio con la luna, que era mucha; me preguntó por el Libertador, y yo le dije que no sabía de él, ni podía decirle más por los centinelas; pero le previne que no entrara, porque lo matarían; me contestó que moriría llenando su deber. A poco oí un tiro: éste fue el pistoletazo que le tiró Carujo, y además un sablazo en la frente y el cráneo; a poco se oyeron unas voces en la calle y los centinelas se fueron, y yo tras ellos a ver al doctor Moore para Andresito. El doctor salía de su cuarto y le iban a tirar, pero su asistente dijo: «No maten al doctor», y ellos dijeron: «No hay que matar sacerdotes». Fui a llamar al cuarto de don Fernando Bolívar, que estaba enfermo, lo saqué y lo llevé a meter el cuerpo de Fergusson, pues yo lo creía vivo; lo puse en el cuarto de José¹ (que estaba de gravedad enfermo; si no, muere porque él se habría puesto al peligro).

Subí a ver los demás, cuando llegaron los generales Urdañeta, Herrán y otros a preguntar por el general, entonces les dije lo que había ocurrido; y lo más gracioso de todo era que

1 José Palacios, el fiel mayordomo del Libertador.



me decían: «¿Y a dónde se fue?», cosa que ni el mismo Libertador sabía a dónde iba.

Por no ver curar a Ibarra me fui hasta la plaza, y allí encontré al Libertador a caballo hablando con Santander y Padilla, entre mucha tropa que daba vivas al Libertador. Cuando regresó a la casa me dijo: «Tú eres la libertadora del Libertador».

Se presentó don Tomás Barriga y le iba a arengar, pero el general, con esa fogosidad que usted tanto conocía, le dijo: «Sí, señor, por usted y otros como usted, que crían malcriados a sus hijos, hay estas cosas; porque de imbéciles confunden la libertad con el libertinaje».

Fueron muchos extranjeros, entre ellos el señor Illingworth, y todos fueron muy bien recibidos. El Libertador se cambió ropa y quiso dormir algo pero no pudo, porque a cada rato me preguntaba algo sobre lo ocurrido y me decía: «No me digas más». Yo callaba y él volvía a preguntar, y en esta alternativa amaneció. Yo tenía una gran fiebre.

El Libertador se molestó mucho con el coronel Crofton, porque le apretó el pescuezo a uno de los que condujo al palacio, a quien el general mandó dar ropa para que se quitase la que traía mojada, buscándola entre la suya, y los trató a todos con mucha benignidad; por lo que don Pepe París le dijo: «¿Y a este hombre venían ustedes a matar?», y contestó Horment: «Era al poder y no al hombre»; entonces fue cuando tuvo lugar la apretada, a tiempo que entraba el Libertador y se puso furioso contra este jefe (Crofton) afeándole su acción de un modo muy fuerte.

Dicen que les aconsejó a los conjurados que no dijesen a sus jueces que traían el plan de matarlo, pero que ellos decían que habiendo ido a eso no podían negarlo. Hay otras tantísimas pruebas que dio el general de humanidad, que sería nunca acabar.

Su primera opinión fue el que se perdonase a todos, pero usted sabe que para esto tenía que habérselas con el general Ur-

daneta y Córdoba, que eran unos de los que entendían en estas causas. Lo que sí no podré dejar en silencio fue que el consejo había sentenciado a muerte a todo el que entró en palacio, y así es que excepto Zulaivar, Horment y Azuerito, que confesaron con valor como héroes de esa conspiración, los demás todos negaron, y por eso dispusieron presentármelos a mí a que yo dijese si los había visto: por esto el Libertador se puso furioso. «Esta señora —dijo— jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados». No obstante esto, me presentaron, ya en mi casa, a un señor Rojas y consentí en verlo porque tuve muchos empeños de señoras para que dijese que no lo había visto; así lo hice, mas una criada y un soldado que entraban a tiempo lo conocieron, pero yo compuse la cosa con decir que si más caso hacían de lo que ellos decían que de mí, y que los que lo acusaban estaban equivocados, y se salvó. Dije también que don Florentino González me había salvado a mí la vida diciendo: «No hay que matar mujeres», pero no fue él sino Horment al tiempo de entrar cuando hicieron los tiros.

Entraron con puñal en mano y con un cuero guarnecido de pistolas al pecho; puñal traían todos, pistolas también; pero más creo que tenían Zulaivar y Horment; entraron con farol grande con algunos artilleros de los reemplazos del Perú. Estos señores no entraron tan serenos, pues no repararon ni en una pistola que yo puse sobre una cómoda, ni en la espada que estaba arrimada, y además en el sofá del cuarto había una fuerza de pliegos cerrados y no los vieron; cuando se fueron los escondí debajo de la estera.

El Libertador se fue con una pistola y con el sable que no sé quién le había regalado de Europa. Al tiempo de caer en la calle pasaba su repostero y lo acompañó. El general se quedó en el río y mandó a éste a saber cómo andaban los cuarteles; con el aviso que le llevó, salió y fue para el de Vargas. Lo demás



usted lo sabe mejor que yo, sin estar presente, que si está, yo sé que usted habría muerto.

No se puede decir más sino que la Providencia salvó al Libertador, pues nunca estuvo más solo; no había más edecanes que Fergusson e Ibarra, ambos enfermos en cama: el uno en la calle y el otro en casa, y el coronel Bolívar donde el general Padilla. Nuestro José, muy malo; don Fernando, enfermo; la casa era un hospital.

Cuando el general marchó de Bogotá no sé para dónde, fue que me dijo: «Está al llegar preso el general Padilla; te encargo que lo visites en su prisión; que lo consueles y lo sirvas en cuanto se le ofrezca». Así lo hice yo. El señor general Obando, a quien Dios guarde por muchos años, ha dicho en Lima antes de ahora, que yo, en medio de mis malas cualidades, tenía la de haberme portado con mucha generosidad, a lo que yo contesté que esa virtud no era mía sino del Libertador, que me había dado tantas y tan repetidas lecciones de clemencia con el mismo panegirista. Esto es muy cierto; a usted le consta. De modo que tantos escapados de la muerte fue por el Libertador. Baste decir a usted que yo tuve en mi casa a personas que buscaban y que el Libertador lo sabía. Al general Gaitán le avisaba que se quitase de tal parte porque ya se sabía. Al doctor Merizalde lo vi en una casa al tiempo de entrar yo a caballo, y le dije a la dueña de casa: «Si así como vengo con un criado, viniese otra persona conmigo, habrían visto al doctor Merizalde; dígame usted que sea más cauto». Tal vez sería por eso que después de muerto el Libertador, me hizo comadre Merizalde.

Infinitas cosas referiría a usted de este género, y las omito por no ser más larga, asegurándole a usted que en lo principal no fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar.

Joaquín Posada
Gutiérrez

1797 - 1881





YO SALÍ PARA HONDA el 8 de mayo, un poco antes que el Libertador, cuidadoso por el resultado que tuviese el proyecto en curso en su favor, sobre pensión y honrándole, pues temía que con el suceso del día anterior pudieran las calumnias levantadas por los liberales contra él, hacer que dicho proyecto sufriese algún entorpecimiento, o que fuese rechazado en tercer debate; pero en Honda supe que el 9 fue aprobado también unánimemente, y pocos días después fue sancionado por el poder ejecutivo.

Ya conoce el lector los exiguos recursos que llevaba para su viaje el hombre que por tantos años había gobernado la potente Colombia y el opulento Perú, habiendo consumido la mayor parte de lo que heredó de sus mayores en la Guerra de la Independencia. Afectado con la idea de verse en la indigencia en un país extranjero, escribió de Guaduas a su apoderado en Caracas una carta manifestándole su absoluta penuria y previniéndole que vendiese cuanto le quedase de sus posesiones para no verse en la mendicidad en tierra extraña; carta que la historia ha conservado por ser ella un testimonio más de la probidad y honradez del grande hombre perseguido, comprobando su pobreza.

Al llegar el Libertador a Honda fui a recibirle al puerto con el concejo municipal, los empleados públicos y los principales ciudadanos. De los pueblos inmediatos habían ido a la ciudad cuantas personas pudieron, algunas con sus familias; y como en todos los del tránsito fue recibido con iguales demostraciones de afecto y gratitud, su corazón se ensanchó y se complacía en manifestarlo.

Al caer la noche, el capitán de la compañía de granaderos se puso a colocar centinelas en el balcón, en los patios, en las esquinas de las calles, y algunos de los oficiales acompañantes aparentaban una vigilancia ostentativa mirándome de reojo. Esto me disgustó, y manifesté al Libertador que en la ciudad de Honda y en mi casa gozaba de completa seguridad y que por tanto le rogaba que mandase cesar esas precauciones, y así lo hizo.

Para preparar de un todo los champanes eran necesarios todavía tres o cuatro días. Aprovechando este intervalo, el director de las minas de plata de Santa Ana, que estaba en Honda, le invitó a pasar un día en aquel establecimiento, distante unas seis leguas de la ciudad, y lo hizo con tanta instancia, que aceptó Bolívar la invitación más por condescendencia que por curiosidad. En Honda no ha sido ni es fácil conseguir buenos caballos de pronto para más de dos o tres personas, por cuya causa no pudimos salir sino muy tarde en la mañana siguiente.

El sol en el cénit derramaba torrentes de fuego quemando la tierra cuando llegamos a la quebrada de *Padilla*, bello oasis de los llanos de Mariquita. El Libertador, en extremo fatigado y débil como estaba, quiso descansar allí, y echando pie a tierra, hubimos todos de hacer lo mismo con mucho gusto, acostándonos sobre nuestros pellones a la orilla del cristalino arroyuelo. La frescura del ameno sitio que la sombra de los árboles seculares producía; el murmullo apenas perceptible de las límpidas aguas que se deslizaban reflejando oscilantes sobre las hojas los



rayos del sol que podían penetrar por el espeso follaje; el roce de las ramas que un suave vientecillo blandamente balanceaba; el bramido sordo y lejano del río Gualí, que estrellándose de una en otra roca sobre su lecho pedregoso, se precipita al Magdalena en rápida y espumosa corriente; el reposo de la naturaleza en aquella hora en que todo lo que vive, menos el esclavo, descansa en los campos de los climas ardientes: todo, todo producía en nosotros un dulce sopor que excitaba a unos a la meditación, a otros al sueño. Después de más de media hora en que descansábamos en una especie de somnolencia, levantó Bolívar la cabeza, se sentó impaciente, y dirigiéndose a mí, que estaba a su lado, me preguntó: «¿Por qué piensa usted, mi querido coronel, que estoy yo aquí?». Tan extraña pregunta me sorprendió. Si yo hubiera respondido lo que instantáneamente se me ocurrió, le habría contestado que por el gravísimo error político que cometió al regresar del Perú no sosteniendo el principio de legalidad, sofocando la revolución de Venezuela de una manera diferente de como lo hizo; pero tímidamente, por no ofenderle, le contesté: «La fatalidad mi general». «¿Qué fatalidad! ¡No! —me replicó con vehemencia— yo estoy aquí porque no quise entregar la República al colegio de San Bartolomé»; y calló inclinando meditando la cabeza sobre el pecho. El general Santander había sido colegial de San Bartolomé, el mayor número de los miembros de la Sociedad Filológica y de los conjurados del 25 de septiembre eran o habían sido del mismo colegio, y ellos figuraban como corifeos del partido liberal: a esto hacía alusión aquella palabra de Bolívar que manifestaba la preocupación incesante de aquel hombre desgraciado, que no podía olvidar a Santander y el atentado del 25 de septiembre. Levantándose apresurado pidió a un criado una sábana de la maleta y dijo que iba a bañarse; yo le hice algunas observaciones sobre el riesgo que había de hacerlo en aquella hora, después de una agitada marcha acabando de

llegar de un clima frío, respecto de Honda, como lo era el de Bogotá, y le dije: «Recuerde vuestra excelencia que Alejandro Magno murió en la flor de su edad por haberse bañado estando acalorado». Mirándome con indefinible dulzura me contestó:

«Cuando Alejandro se bañó acalenturado estaba en el apogeo de su gloria: yo no corro ya ese peligro; además, la muerte de Alejandro la atribuyen unos a que Antípater lo hizo envenenar con el mismo objeto con que Santander me quiso asesinar, y otros a que su enfermedad se agravó por el exceso del vino en una orgia, y yo jamás me he embriagado».

Efectivamente, no hubo ejemplar de que Bolívar se embriagara ni en los espléndidos banquetes que se le dieron muchas veces. Después del baño seguimos, y en todo el camino iba hablando sobre su tema constante de cuál sería la suerte que correrían estas Repúblicas por la anarquía de las ideas, por la facilidad que las instituciones daban a los ambiciosos para alzarse con el poder público, desmoralizando el pueblo y arruinando el país.

Alejandro Próspero
Reverend

1796 - 1881





EL 1.º DE DICIEMBRE de 1830 desembarcó, ya de noche, S.E. el Libertador Simón Bolívar, haciéndole la población de Santa Marta un recibimiento si no pomposo, a lo menos muy simpático, como lo manifestaban las muestras de respeto y las aclamaciones que le acompañaron hasta la casa preparada para su habitación. Esta cordial acogida desvaneció sin duda, si él se acordara de ellas, las preocupaciones infundadas que, según dichos, traía contra los samarios antes y en tiempo que en vista de este puerto él transitaba desde Venezuela a bordo de la escuadra a las órdenes de los generales Salón y Clemente (junio de 1827).

Introducido poco después por el general Mariano Montilla cerca del agosto enfermo, cuyo rostro pálido, enflaquecido, cuya inquietud y agitación continua en su cama indicaban violentos padecimientos, me sentí fuertemente conmovido, y no me fue difícil conocer a simple vista lo grave de la enfermedad. Por el rango y prestigio del sujeto se acrecentaban en mi ánimo las dificultades para emprender una cura que me parecía tan asombrosa. Sin embargo, me alentó el modo benigno con que me trató el Libertador, diciéndome que por un amigo suyo, el señor Juan Pavageau en Cartagena, sabía que

podía tener confianza en mí, y que a pesar de su repugnancia a los auxilios de la medicina, él tenía la esperanza de que yo le pondría bueno por ser su cuerpo virgen en remedios (sic). En esta primera conversación que tuvo lugar ya en castellano, ya en francés, me enteré que él había desdeñado la asistencia de los médicos al principio de su enfermedad —que comenzó por un catarro en Cartagena— curándose él mismo como lo acostumbraba, mediante un tratado de higiene que siempre llevaba consigo; y que él había venido embarcado para desocupar su estómago cargado de bilis por medio del mareo, así como lo logró. Error funesto, pues estas violentas contracciones del estómago irritaron y fatigaron su temperamento esencialmente nervioso, aumentando más bien la flogosis de los pulmones.

En la conferencia médica que tuvimos juntos, el Dr. Night, cirujano de la goleta de guerra *Grampus* de los Estados Unidos, que escoltó desde Sabanilla a S.E. el Libertador, de común acuerdo fuimos de parecer que la enfermedad del general Bolívar era un catarro pulmonar crónico. Convenimos entonces del método curativo correspondiente, bien que por mi parte yo no tuviera tanta esperanza como mi colega de la eficacia de los medicamentos recetados. En el curso de mi práctica varias veces he observado (y tal vez lo mismo habrá sucedido a otros facultativos) el optimismo de ciertos profesores que de paso concurren a una junta médica, infundiendo a los dolientes esperanzas de buen éxito en la enfermedad, mientras que el perplejo médico de cabecera, cargando con toda la responsabilidad, queda desalentado y solo para luchar contra unos males incurables. En esta situación me dejó el doctor Night cuando se marchó el día 15 de diciembre con la goleta *Grampus*. Entonces fue cuando me llamó a su casa el general Montilla, y sin preámbulos me dirigió las palabras siguientes: «Tengo el mayor interés de saber de usted, Dr., cuál es su concepto sobre la enfermedad del Libertador;



dígame la verdad francamente y sin rodeos». Me recogí un momento para contestar tan imprevista pregunta: «Sr. general, con el mas profundo sentimiento participo a V.S. que la enfermedad del Libertador no tiene remedio, pues en mi concepto, como facultativo, la considero como tisis pulmonar llegada en su último grado, y ésta no perdona». Al oír estas palabras el general se dio una fuerte palmada en la frente echando un formidable taco, al mismo tiempo que las lágrimas se le asomaban a los ojos; en seguida se metió en su aposento, dejándome solo a mis reflexiones.

Dos días antes de este suceso hubo una ocurrencia en la habitación del Libertador, de donde se sacará la delicadeza del olfato del general Bolívar, y el caso fue así: uno de sus más adictos amigos, el general J. M. Sardá, se le presentó para hacer una visita de despedida. Sardá, después de haber saludado, tomó un asiento cerca de la hamaca en donde estaba acostado el Libertador, quien le dijo pausadamente: «General, aparte un poco su asiento». Sardá se reculó algo. «Un poco más». Así lo hizo. «Más todavía», repitió Bolívar. Algo alterado, dijo entonces Sardá:

—Permítame S.E. que no creo haberme ensuciado.

—No tal; es que usted hiede a diablos.

—¿Cómo a diablos?

—Quiero decir: a cachimba.

Sardá, que no se cortaba fácilmente, con voz socarrona dijo:

—¡Ah! mi general, tiempo hubo en que V.E. no tenía tal repugnancia, cuando doña Manuela S...

—Sí, otros tiempos eran, amigo mío —contestó Bolívar—, ahora me hallo en una situación tan penosa, sin saber lo que es peor: cuándo saldré de ella.

Ciertamente el ser médico de cabecera del Libertador era un honor muy apetecible, pero también parece que no era tan lisonjero cargar con la responsabilidad, pues ninguno de los médicos que había en Cartagena vino a tomar parte conmigo en la

asistencia, por más que el general Montilla, a instancias mías, los llamara por varios y repetidos oficios. Poco tiempo después de la defunción del Libertador se apareció el doctor C. excusándose de no haber venido a dar su cooperación en una asistencia que él consideraba inoficiosa, puesto que mis boletines pronosticaban el funesto y próximo término, y además que presenciar el fallecimiento de Bolívar era para él demasiado sensible. ¿Qué se diría entonces del soldado que sacaría el cuerpo al combate por temor que se perdiera la batalla?

Con haber llegado a la quinta de San Pedro el Libertador se manifestó muy contento, alucinándose con más esperanza de recobrar la salud; y sus amigos que le acompañaban participaban de esta ilusión. ¡Cuánto deseaba yo que se hubiera logrado tan favorable éxito! Pero a la par que, así como la mayor parte de los tísicos, él aparentaba confianza en el temperamento más fresco del campo, yo me desconsolaba con la triste idea de que demasiado pronto llegaría la decepción. Como él ignoraba la clase de su enfermedad, había formado el proyecto de trasladarse hacia la Sierra Nevada poco a poco, creo más bien que de rancho en rancho. Así es que se había hecho cargo el general Sardá de levantar una choza en Masinga, pequeña aldea a dos leguas de Santa Marta, por la temperatura más fresca que la de la costa; pero estaba ya decretado por el Altísimo que no la habitaría el ilustre paciente. Sin embargo, él seguía con sus jovialidades y, de cuando en cuando, me dirigía la palabra en medio de la conversación. Una vez estábamos solos y de repente me preguntó:

—¿Y usted que vino a buscar a estas tierras?

—La Libertad.

—¿Y usted la encontró?

—Sí, mi general.

—Usted es más afortunado que yo, pues todavía no la he encontrado... —con todo, añadió en tono animado—, vuélvase



usted a su bella Francia en donde está ya flameando la gloriosa bandera tricolor, pues no se puede vivir aquí en este país, en donde hay muchos canallas (sic).

Fue ésta la única vez que oí salir de la boca del Libertador palabras mal sonantes contra los conciudadanos, pues no se debe admitir como verdadera impresión del pensamiento las incoherencias que profiere el enfermo en medio de los ensueños o delirios de la fiebre, así como sucedió una noche en que se le escaparon a nuestro enfermo estas entrecortadas palabras: «¡Vámonos! ¡Vámonos!... Esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vamos, muchachos!... Lleven mi equipaje a bordo de la fragata». Cada cual puede sacar de eso el significado que se le antoje.

En otra ocasión que yo estaba leyendo unos periódicos, me preguntó el Libertador:

—¿Qué cosa está usted leyendo?

—Noticias de Francia, mi general.

—¿Serán acaso referentes a la Revolución de Julio?

—Sí, señor. ¿Gustaría usted ir a Francia?

—De todo corazón.

—Pues, bien, póngame Ud. bueno, doctor, e iremos juntos a Francia. Es un bello país, que además de la tranquilidad que tanto necesita mi espíritu, me ofrece muchas comodidades propias para que yo descanse de esta vida de soldado que llevo hace tanto tiempo.

¡Ay de mí! La fortuna adversa burló nuestros deseos, y estos halagüeños proyectos se volvieron castillos en el aire.

Aunque la enfermedad no presentase signos de dolor físico, el paciente solía a veces dar unos quejidos cuando estaba soñoliento; me acercaba entonces a su cama y le preguntaba si sentía algún dolor. «No», contestaba muy sosegado.

—¿Cómo es que se queja V.E.?

—Es una manía, nada siento y me va muy bien.

¡Cosa singular!, el mal hacía progresos a medida que el enfermo aparentaba seguir bueno; pues la fiebre iba creciendo, complicándose con delirios fugaces, el hipo, la supresión de la expectoración, etc. Este conjunto de síntomas alarmantes formaba para mí un presagio funesto. Enterado de la situación, el general Montilla me dijo:

—Ya que el Libertador está en peligro, sería menester que usted le avisase de su mal estado, para que arreglase sus cosas espirituales y temporales.

—Sírvasse, señor general, dispensarme; si yo hiciera tal cosa, ni un momento me quedara aquí; eso no es asunto del médico, más bien del sacerdote.

—¿Qué haremos, pues?...

—Lo mejor para salir del apuro será llamar al señor obispo de Santa Marta; ahí tiene usted el caballo del Libertador, en un salto avise al doctor Esteves, a fin de que se sirva llegarse para acá lo mas pronto posible.

Sobre la marcha vino el ilustre prelado, que sin tardar se puso a conferenciar a solas con el Libertador, y a poco rato salió de su aposento. Entonces, dirigiéndose a mí, S.E. dijo:

—¿Qué es esto, estaré tan malo para que se me hable de testamento y de confesarme?

—No hay tal cosa, señor, tranquilícese... varias veces he visto enfermos de gravedad practicar estas diligencias y después ponerse buenos. Por mi parte confío que después de haber cumplido V.E. con estos deberes de cristiano cobrará mas tranquilidad y confianza, a la par que allanará las tareas del médico.

Lo único que dijo fue: «¡Cómo saldré yo de este laberinto!». No fue el lance tan apretado cuando por la noche de este mismo día se le administraron los sacramentos. Por más tiempo que viva nunca se me olvidará lo solemne y patético de lo que presencié. El cura de la aldea de Mamatoco, ubicada



cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche a pie, llevando el viático a Simón Bolívar. ¡Qué contraste! ¡Que un humilde sacerdote y de casta ínfima, a quien realizaba sólo su carácter de ministro de Dios, sin séquito y aparatos pomposos propios a las ceremonias de la Iglesia, llegase con los consuelos de la religión al primer hombre de Sur América, al ilustre Libertador y fundador de Colombia! ¡Qué lección para confundir las vanidades de este mundo! Estábamos todos los circunstantes impresionados por la gravedad de tan imponente acto. Acabada la ceremonia religiosa, se puso el escribano notario Catalino Noguera en medio del círculo formado por los generales Mariano Montilla, José María Carreño, Laurencio Silva, militares de alto rango; los señores Joaquín de Mier, Manuel Ujueta y varias personas de respetabilidad, para leer la alocución dirigida por Bolívar a los colombianos. Apenas pudo llegar a la mitad, su conmoción no le permitió continuar y le fue preciso ceder el puesto al doctor Manuel Recuero, a la sazón auditor de guerra, quien pudo concluir la lectura; pero al acabar de pronunciar las últimas palabras: «Yo bajaré tranquilo al sepulcro», fue cuando Bolívar desde su butaca, en donde estaba sentado dijo con voz ronca:

—Sí, al sepulcro... es lo que me han proporcionado mis conciudadanos... pero les perdono. ¡Ojalá yo pudiera llevar conmigo el consuelo de que permanezcan unidos! Al oír estas palabras que parecían salir de la tumba, se me cubrió el corazón; y al ver la consternación pintada en el rostro de los circunstantes a cuyos ojos asomaban las lágrimas, tuve que apartarme del círculo para ocultar las mías, que no me habían arrancado otros cuadros más patéticos. Dicen, sin embargo, que los médicos carecen de sensibilidad.

Por más que el facultativo y las personas que rodeaban al Libertador disimulasen su tristeza y desánimo bajo un semblan-

te sereno y halagüeño, me pareció que el general Bolívar estaba interiormente algo desconfiado en el buen éxito de su enfermedad, pues no era tan expansivo como antes y se resistía a veces a tomar las medicinas, que casi siempre eran calmantes suaves. Sucedió, pues, una noche, que su edecán Andrés Ibarra vino a avisarme que el general se negaba absolutamente a tomar la bebida preparada. En un instante estuve cerca de la cama del augusto enfermo, a quien presenté yo mismo el brebaje; y como me dijo que ya estaba aburrido con los remedios y que no quería tomar más, entonces le dije respetuosamente:

— Si V.E. se resiste a tomar las medicinas, ¿para qué sirve tener el médico a su lado, quien viendo despreciados su esmero y sus empeños para lograr su restablecimiento, desesperará de continuar una asistencia infructuosa?

Viendo que esta reflexión había producido alguna impresión, aproveché el momento para ponerle en la mano la cucharada, y como él quedaba todavía suspenso a tomarla, le dije:

— Permita V.E. una advertencia: a veces sucede que a consecuencia de unas incomodidades, impacencias, etc., se atrasan los progresos a mejorar su salud, y este daño que V.E. se hace a sí mismo, lo lamentamos.

—Diga pues que no ande el sol —dijo, echándome una de aquellas ojeadas fulgurantes.

Me incliné admirado, y sin darme lugar a contestar, añadió:

—Yo he notado que también se arisca usted, doctor —con una inflexión marcada sobre esta última palabra.

—Es la verdad, lo confieso; pero cuando se trata de la buena asistencia con su persona, mi general, no reparo siempre en los medios, ésta es mi disculpa; y con eso volví a encarecerle que tomara la cucharada de la poción que él tenía todavía en la mano.

—¿Y esta cucharada será la última por esta noche?

—Sí, señor.



Después de haberla tomado, nos dijo:

—Ahora está bien, ustedes pueden retirarse a dormir.

Debo explicar lo que dio lugar a que el Libertador me echara en cara mi poca moderación. Uno o dos días antes tuve una fuerte incomodidad por haber notado faltas en el servicio y apatía de parte de los que me ayudaban en la asistencia para con el Libertador, y máxime cuando estaba oyendo decir: «Para qué molestar más al enfermo con medicinas, ya que no tiene remedio y que no puede salvarle», y otras expresiones que lastimaban mi amor propio. Pronto se armó una bulla de voces en la antesala, y acudiendo el general L. Silva, sin saber de qué se trataba, probó amedrentarme, como si yo fuera alguno de la servidumbre o como si yo estuviera debajo de su mando. Pronto fue su desengaño cuando le dije: «Sepa usted, general, que estoy aquí solamente para asistir como médico al Libertador, no en clase de mercenario, sino por mi propia voluntad». Seguía el altercado cuando afortunadamente apareció el coronel D. Juan Glenque y nos puso en paz. A su tiempo se sacará de esa explicación uno de los motivos por los que no quise aceptar una recompensa pecuniaria.

Ya se aproximaba el día en que iba a desaparecer para siempre el Héroe colombiano; me manifestó la antevíspera del fatal acontecimiento el deseo de descansar en su hamaca, y como vi que su mayordomo José Palacios ni nadie aparecía, por más que yo llamase, me ofrecí entonces al Libertador diciéndole:

—Si me lo permite V.E., yo le pondré en la hamaca.

—¿Y usted podrá conmigo?

—Me parece que sí.

Con precaución le cogí en mis brazos, y creyendo al levantarlo, sin reparar su grande flacura, que yo iba a suspender un peso considerable, hice tal esfuerzo que por poco me voy de espaldas con un cuerpo que tal vez no pesaba arriba de dos arrobas; por fortuna algo me sujetó la hamaca tendida al través del aposento.

Por la ya referida ocurrencia entre el Libertador y Sardá se conoce cuánta era la delicadeza de su olfato y solía manifestar esta susceptibilidad cada vez que yo me arrimaba a su cama, pidiendo su frasco de agua colonia y diciéndome: «Usted huele a hospital; sus vestidos, parece que están impregnados de miasmas que exhalan los enfermos». Se excusó de recibir a su boticario, quien desde Santa Marta vino a empeñarse conmigo para que fuese admitido a presentar sus respetos al Libertador, diciéndome: «Agradezco mil veces al señor Tomasín todas las cosas buenas que compuso para mí, pero él viene cargado con tantos olores de su botica que no me hallo capaz de aguantar todas estas pestilencias. Procure pues, doctor, hacer que me dispense si no puedo recibirle. Arregle usted, en fin, este negocio de modo que él no se resienta, pues vuelvo a darle las gracias por las preparaciones y sobre todo por las sabrosas gelatinas que él me compuso en su oficina». Tomasín no podía consolarse por más que yo le dijera que todos estábamos expuestos a sufrir estos mismos desaires, y que debía, lo mismo que nosotros, compadecerle esta especie de manía.

Llegó por fin el día enlutado, 17 de diciembre de 1830, en que iba a terminar su vida el ilustre Caudillo colombiano, el Gran Bolívar. Eran las nueve de la mañana cuando me preguntó el general Montilla por el estado del Libertador. Le contesté que a mí parecer no pasaría el día.

—Es que yo recibí una esquila dándome aviso que el señor obispo está algo malo, y quisiera que usted fuera a verle.

—Disponga usted, mi general.

—¿Y el moribundo aguantará hasta que usted esté de vuelta?

—Creo que sí, con tal que no haya demoras en esta diligencia.

—Entonces aquí está el mismo caballo del Libertador. A todo escape ida y vuelta; ya usted sabe, no hay momento que perder.



En efecto, cuando volví conocí que se iba aproximando la hora fatal. Me senté en la cabecera teniendo en mi mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o señal de padecimiento se reflejaban sobre su noble rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de trémulo casi insensible y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento, y llamando a los generales, edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar, exclamé: «Señores, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo».

Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló su último suspiro Simón Bolívar, el ilustre campeón de la libertad sudamericana, cuya defunción cubrió de luto a su patria, tan bien pintado cuando en su proclama el general Ignacio Luque exclamaba: «¡Ya murió el Sol de Colombia!».

PERFILES DEL LIBRTADOR

PERTENECE A LA COLECCIÓN «BIBLIOTECA
BICENTENARIO», EDITADA POR
EL CENTRO EDITORIAL DE LA FACULTAD
DE CIENCIAS HUMANAS DE LA UNIVERSIDAD
NACIONAL DE COLOMBIA. EL TEXTO FUE
COMPUESTO CON TIPOS ADOBE JENSON PRO,
ADOBE CASLON PRO Y CLOISTER OPEN FACE.
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LA FUNDACIÓN
CULTURAL JAVERIANA DE ARTES GRÁFICAS
(JAVEGRAF), BOGOTÁ, EN JULIO
DEL AÑO MMX, CON MOTIVO
DEL BICENTENARIO DE LA
INDEPENDENCIA DE COLOMBIA.

